

BIBLIOTECA DE LA MUJER

ISONDÚ

Lecturas variadas para cuarto grado

POR

ELINA G. A. DE CORREA MORALES

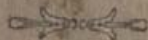
Ex-profesora de Geografía y Ciencias Naturales de la Escuela
Normal de Profesoras de la Capital

Y

ISABEL E. THALASSO

Profesora Normal

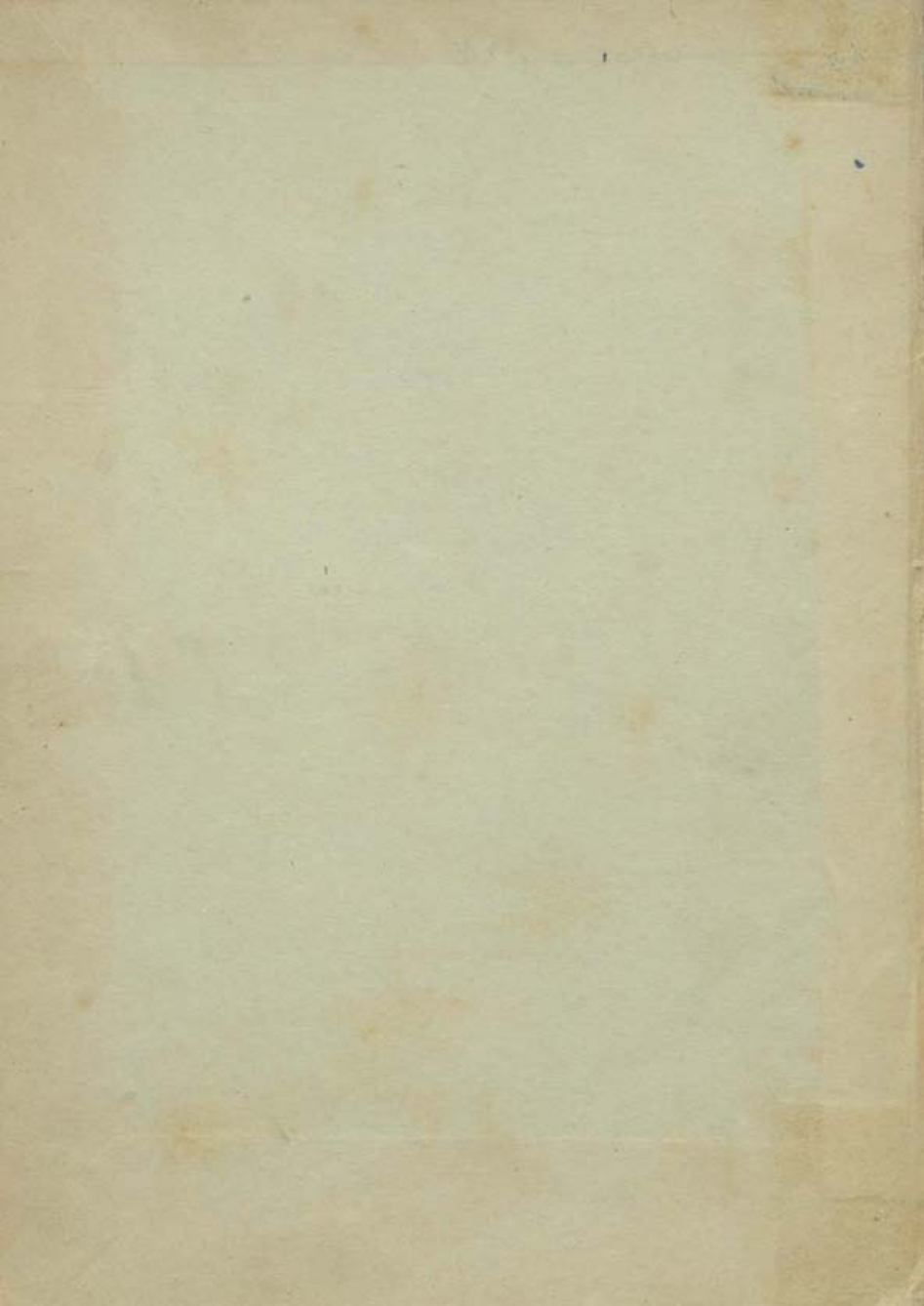
Libro aprobado por el Consejo Nacional de Educación
para los años 1901 al 1904



BUENOS AIRES

Imp. y Encuadernación del BOLETÍN INDUSTRIAL, Moreno 1073
1904

PRECIO: \$ 1.20



Nº acumulativo 479 Asig. Lectura



Nº orden 93
Sección 5ª
Estante 1º

Biblioteca "Patricias Argentinas"

Donado por A. de Garibay

BIBLIOTECA DE LA MUJER

HTA

1904

COR. 1

(Sala A)

ISONDÚ

Lecturas variadas para cuarto grado

POR

ELINA G. A. DE CORREA MORALES

Ex-profesora de Geografía y Ciencias Naturales de la Escuela
Normal de Profesoras de la Capital

E

ISABEL E. THALASSO

Profesora Normal

Libro aprobado por el Consejo Nacional de Educación
para los años 1901 al 1903



BUENOS AIRES

Imp. y Encuadernación del BOLETIN INDUSTRIAL, Moreno 1073
1904

M
74



EL ISONDÚ

«No sé» dice el Dr. Holmberg» que exista nada más hermoso en los límites de la Fauna Sud Americana. El *Isondú*, nombre que en guaraní significa gusano de luz, es, á no dudarlo, una verdadera maravilla en el pequeño mundo entomológico.»

Por nuestra parte deseamos que no se atribuya á vana pretensión el título de este pequeño volumen, pues si les hemos dado el nombre de una joya de nuestra fauna, es porque se trata de una modesta larva, esperando que nuestro humilde gusano de luz ilumine, aunque sea con fugitivos resplandores, las inteligencias infantiles á las cuales está dedicado.

HUAYRA-PUCA

Viento Colorado

Numerosos eslabones andinos cortan, con la descarnada arista de sus brazos, la parte occidental de la República Argentina, y, por circunstancias que no explicaré ahora, en Catamarca, La Rioja, San Juan, los Valles Calchaquies, falta el elemento principal de vida falta el agua, y, como consecuencia, en el paisaje desamparado, falta el bosque con su fauna parlera y alegre.

De los caracteres topográficos de aquellas provincias, se desprende que los fenómenos meteorológicos tuvieron, para los habitantes autóctonos, una importancia capital y no es de extrañar que así como en Misiones nacieron divinidades tutelares que cuidaban la hierba, los frutos y los nidos, la imaginación de estos pueblos creara potencias sobrenaturales en concordancia con sus necesidades, sus anhelos ó sus visiones, tales como Llastay que apacienta sus *aves*, consistentes en vicuñas, alpacas y huana.

cos¹; Pacha-mama la protectora, la madre fecunda de la tierra; el sombrío Chiqui, á quien es necesario ofrecer en holocausto niños á fin de conseguir algunas gotas de agua para la tierra sedienta.

Entre las numerosas cadenas que recorren la mencionada región, se extienden, en algunas partes, valles angostos y profundos, por cuya razón han recibido el nombre de cajones.

La metereología de estos cajones es muy interesante; las rachas de viento, de ese viento de las mesetas que constituye el martirio de los que las conocen; las rachas de viento digo, al sentirse aprisionadas por enhiestas paredes de granito, adquieren velocidades de ciclón; los remolinos, en diabólica carrera jiratoria, levantan un polvo rojizo que tiñe la atmósfera con matices sanguíneos y si á ésto se añaden los destrozos que causan, los mil ruidos que salen de las profundas cavernas, los silbidos, los ayes que se escapan de las grietas, parece lógico que los aborígenes atribuyeran en su infantil ignorancia, á potencias quiméricas,

(1) Los naturales de los Valles Calchaquies llaman *aves* de Llastay á estos mamíferos

fenómenos cuya causa eran incapaces de explicar y que, por otra parte, llevaban á su espíritu supersticioso terror.

Así nacieron la tradición de Huayra-Puca en los valles calchaquíes, y de la madre del Zonda en San Juan.

Por una coincidencia verdaderamente curiosa Andersen, en uno de sus conocidos cuentos, habla de la madre de los vientos.

Los valientes calchaquíes y el célebre escritor dinamarqués ha tenido la misma visión fantástica y es tanto más notable ésto, cuanto que siendo el calor del sol la causa perturbadora de la atmósfera que origina los vientos, en rigor, sólo podría decirse que éstos tienen padre.

Huayra-Puca el Viento Colorado, es la Madre del Viento, mejor dicho, de los vientos, y ella, como casi todas las madres, tienen su Benjamín que es Shulco.

Los rasgos característicos de esta diosa son la violencia, la fuerza, el espíritu de destrucción. Como mujer es hermosísima y amante del lujo y cuando peina su larga cabellera, si está húmeda, las gotas de agua, al caer, se transforman en piedras preciosas; rodea su cabeza de

tipo calchaquí purísimo, un limbo de luz, y el manto, que la envuelve desde el cuello, resbala rico en pliegues, dibujando á grandes masas sus formas estatuarias; en tanto que los zafiros de sus pendientes hieren la atmósfera, con iridiscentes reflejos.

*La Viento*² es andariega y poderosa; para alojar su persona soberana, posée, en diversos parajes de los cerros, palacios por ella sola conocidos.

La Laguna del Pabellón en el cajón santamariano es su morada primaveral y el que no tema enloquecer puede asomarse á élla, á través de las aguas transparentes verá en el fondo los atributos de Huayra-Puca: una estrella y un cuerno de oro.

En la Quebrada de las Conchas cerca de Cafayate posée un estrecho Cajón que llega hasta el fondo del cerro en el cual guarda un gran tesoro y en ocasiones se oye el ruido que hace al moverse en el misterioso recinto; no muy lejos de allí, suele detenerse á descansar en el palacio que el sol tiene en el Cerro de Orco.

(2) Así la llaman en los Valles.

En Quilmes existe otro palacio de oro, también propiedad suya, pero todas estas maravillas son invisibles para el hombre y nadie debe llevar su curiosidad hasta sorprender los secretos de la iracunda deidad, ella lo levantaría hasta las nubes abandonándolo después para hacerlo estrellar contra las rocas, como hizo con el zorrito que se vé frente á las Conchas, petrificado en el momento de dar un salto.

La voz de Huayra-Puca es melodiosa como la de una sirena, y de ella aprendieron sus trinos las avecillas canoras; algunas veces toma un charango y canta sus hazañas; en las que siempre fué coronada por la victoria.

Ella venció á un poderoso gigante libertando al sol y Mama Quilla (la luna) de su poder y todavía hoy es fácil, para los habitantes de los valles, presenciar combates entre la Madre del Viento y el Nublado, su irreconciliable enemigo.

¡Ay! del Valle cuando está quieto y aleargado, cuando las hojas de los árboles penden mustias de su peciolo y la Naturaleza parece sumergida en enervante sopor.

¡No os fiéis viajeros, algo prepara Huayra-Puca en sus sombríos antros!

! Y si nó mirad! . . . allá, allá lejos el Viento Colorado se acerca en vertiginosa carrera, el huanaco lo presiente y huye despavorido al cerro, seguido del tierno teke.¹ Ved los algarrobales desgajarse y abatirse al terrible empuje; la cabaña se conmueve; el maizal se tumba; por los flancos de la montaña estremecida ruedan fragmentos de roca que bajan con ímpetu no conocido, arrollando cuanto encuentran; los cactus se doblan hasta romperse, y entre los fragorosos ruidos del huracán, en aquel delirio de la Naturaleza enloquecida, el Valle aparece envuelto en una atmósfera de sangre.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

LLUVIA EN LA PAMPA

Una nube, una sola, arrastrada violentamente por el pampero, manchaba el firmamento azul celeste claro, en que brillaba el sol, alto aún. Parecía que nos hallásemos bajo una

¹ Guanaquito.

inmensa campana, y el horizonte circular estaba libre en un radio de leguas. La nube marchaba al encuentro del sol, —muy alta también, cargada de lluvia, con una rapidez vertiginosa.

—Vamos á tener un chaparrón--dijo un paisano.

Las matas de paja brava y de cortadera no se movían á nuestro alrededor; las capas inferiores de la atmósfera parecían dormir; zumbaban en torno los tábanos, los mosquitos, los jejenes, y la tropilla se arremolinaba y apenuscaba en círculo, bajo el ardiente sol, y los pobres jamelgos, desesperados, agitaban las colas en defensa de sus flancos sangrientos, tratando de ocultar la cabeza melancólica entre la masa formada por sus compañeros.

Me quedé á la puerta del rancho, interesado por el drama de aquella nube arrebatada en medio de tanta tranquilidad, cuando no se movía una brizna en el campo, y vagos vapores transparentes, como vibraciones del aire, hervían entre los matorrales, á raíz del suelo con la evaporación violenta de la tierra caldeada por el sol.

La nube era alargada, recortada con curvas caprichosas, cual de copos de algodón en los contornos más cercanos, blanquísimos, que cambiaban de forma como derrumbamientos, súbitos á cada instante, — ancha orla de plumón de cisne que corría de Norte á Sur, circundando el cuerpo fusiforme y ceniciento de la nube, muy opaca en el centro, algo más clara luego, en escala descendente, como si se esfumara, y su límite indeciso quisiera confundirse con el azul casi blanco del cielo.

Bogaba con rapidez vertiginosa como extraño barco que navegara hendiendo el agua con la banda en lugar de la proa, y á medida que se acercaba, iba afectando — en la continua variación de sus perfiles — una forma semicircular, cóncava, cuyo centro pareció de pronto, situarse en el lugar en que yo me hallaba.

Un instante después la nube aislada ocultó el sol, perdió la orla su blancura de cisne, la masa, aún más opaca, proyectó sombra sobre una vasta extensión de pampa, como una mancha neutra sobre el verde cálido y vibrado de la yerba y que corría por el suelo amoldándose á sus menores accidentes, como apocalíptico

reptil que sólo tuviera dos dimensiones: el ancho y el largo. . .

Dos paisanos que seguían á caballo la huella polvorienta, como dos manchitas de color al rayo ardiente del sol, se trocaron de repente en dos notas grises, y galoparon un rato á la sombra, hacia mí como antes, pero más lejos, llevados gran distancia atrás por la luz difusa que los envolvía. La nube siguió su carrera desalada. Los gauchos iluminados de pronto por el sol que me deslumbró al reaparecer, dieron un enorme salto hacia adelante. La nube pasó sobre mi cabeza cuando ya su sombra huía á lo lejos: pasó como ave fantástica de ala, sin rumores, arrebatada por el vendaval de la altura, dejando al sol triunfante tras ella. . .

En el ambiente diáfano, tranquilo, fulgurante, de una claridad, de una transparencia de pureza infinita, bajo la vibración blanquecina del cielo y la aureola de gualda del sol, allá en el aire dormido, hubo una avalancha, un derrumbamiento de piedras preciosas, brillantes tallados, rojos rubíes, topacios, amatistas, turquesas, esmeraldas, una lluvia de ge-

mas sorprendentes de hermosura, embriagadoras de riqueza, fascinantes como si ellas también fuesen luz. Derramábase en la atmósfera un caudal, un tesoro, una maravilla como no la soñó el mismo Aladino, como no se alcanzó á desear en el más fantásticos de los cuentos orientales. . .

La nube al pasar había volcado su joyel sobre la pampa, y caían á montones, precipitadas desde lo alto, las estupendas pedrerías con que se forma el iris, pero no ya en fastuosa diadema, sino en cascada rutilante, en un desbordamiento desordenado y artístico, inverosímil y caprichoso de riquezas, que fueron mías, sólo mías en aquel instante, y que en vano buscará luego la avidez y entre la humilde yerba, en el suelo de la pampa que, —ávido y avaro él también— las recojió antes de que el sol pudiese devolverlas á la nube.

Buenos Aires, 15 Marzo 1897.

ROBERIO PAYRO

El Ruiseñor

(FRAGMENTO)

Es necesario buscar á los artistas allí donde tienen un vasto teatro en que hacer brillar sus dotes; en la selva, cuyos vegetales entretejidos forman un techo abovedado y les presentan los más sabrosos frutos, los cogollos más tiernos, y las flores de matices y aromas más delicados, donde cada rama, cada hoja, deteniendo el sonido para que los *pianos* y los *fuertes* no se pierdan, impidiendo distinguir el colorido de la melodía, allí debe buscarse al rey de los cantores, al Ruiseñor.

Parca en distribuir sus dones, la Naturaleza, á los grandes, á los que tienen genio, á los que han de tener la inmortalidad como premio, les da siempre escasa fortuna, poca hermorura y mucha modestia; no hay dos Lord Byron, porque sólo excepcionalmente van reunidos en un individuo todas las bellas dotes, y por eso es que, en tanto que el traje de los picaflores brilla como recamado de oro, esmeraldas, rubíes y zafiros su garganta áspera produce un sonido ronco y

desapacible; el ruiseñor, vestico humildemente no atrae las miradas de la muchedumbre, y pasa inadvertido durante el día ó cuando está en silencio, pero, si abre el pico y hace una escala ó canta un aria, solamente algún necio lamentará que tan divino artífice no lleve colores de topacio en su plumaje y diademas de perlas en el frente.

En el orden de los silvanos ó pájaros, en la familia de los subulirostros, hay un gran número de avecillas que viven en la zona templada, y que, por ciertas semejanzas de organización y de costumbres, por ser muy numerosas, al propio tiempo que de pequeña talla, han sido reunidas bajo el sugestivo nombre de mostacilla; entre los diversos grupos formados está el de los silvídeos, en el cual, perdido como otros tantos, apenas citado en los libros generales de zoología, se encuentra el *Ruiseñor*, la más notable de las aves canoras.

Durante la primavera, cuando toda la creación, respira amor, cuando cada flór extiende lánguidamente sus pétalos, y cuenta sus secretos á la brisa pasajera que se detiene un momento, el que vela de noche (como dicen los

válacos), sigue la ley general, y en el oscuro bosquecillo, en la ribera del lago azul, lanza al aire sus acentos ya apasionados, ya quejambrosos y canta sus esperanzas, sus alegrías, y sus pesares, en armonías, de cuyas vibrantes notas se llena toda la selva.

Pero cuando el canto del *Roscinia* como le llamaban antiguamente en Italia, adquiere el máximo de belleza, es cuando la compañera de su vida está presa en el nido por los deberes maternos.

En ese tiempo son los gorjeos más claros, los trinos más alegres, de mayor duración los compases, su pecho elevado absorbe en cada inspiración tal cantidad de aire, que sostiene las notas más de lo que podría esperarse de sus pequeños pulmones.

En vano se ha procurado arrancar al ruiseñor del puesto en que la posesión del más perfecto aparato musical lo ha colocado. Es cierto que la alondra y el mirlo se le acercan, que cantan a veces con sentimiento, pero esa cualidad es innata en el ruiseñor, y sólo él canta siempre exhalando su alma en la canción.

La primavera y el verano pasan; en el otoño,

ligeros mantos de nieve empiezan á atenuar el vívido verdor de las praderas; todo va tomando el tinte de tristeza que dá el frío, desde que asoma su nevada cabeza en el horizonte de las estaciones; el ruiseñor entonces, abandona la Europa continental, que habitara por un tiempo con preferencia, y va á continuar su vida de tenor, interrumpida durante la migración, en apartadas regiones, donde su presencia es recibida como presajio feliz.

Más ahl en el palacio de los poderosos no quieren privarse de música tan sublime, ni quieren que sólo en la noche deje oír sus armonías; entonces, bárbaros, sin corazón, arrancan los ojos del artista que, condenado á una noche sin aurora, canta llorando su desventura.

Es cierto que el hombre, por la facilidad de arbitrar medios, por la fuerza de su inteligencia, puede disponer de la creación; pero el derecho de martirizar á seres como el ruiseñor, sólo puede abrogárselo por el egoísmo sin igual que caracteriza no pocas de las acciones humanas.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

EL YASSÍ-YATERÉ

Lía, la gordita, sentada á la puerta del rancho, mecía con sin par ternura á su muñeca de trapo, á su Rorro. En vano el Paraná murmuraba allí cerca, en vano las hojas cenicientas de las cecropias se destacan plateadas sobre el verde oscuro de los mirtos, en vano los helechos balancean al viento el encaje de sus frondas ó las sensitivas pliegan sus foliolos para sustraerse al beso de fugitiva mariposa, todas las bellezas que el trópico brinda al pobre albergue para su ornato no tienen para la gordita el encanto supremo de los ojos de Rorro, bordados con hilo negro sobre el fondo blanco, aquellos ojitos que no pestañean, que la miran siempre.

Los rizos de la niña brillan bajo el sol de Misiones, formando aureola al rostro angelical y sonriente.

Juana, la madre de Lía, ocupada en las faenas caseras, no oyó el siniestro silbido del Yassí-Yateré, el enano que sale del bosque á robar los niños.

Entre tanto la rubiecita cantaba.

Y cantando para adormecer á Rorro, dobló ella su cabecita, los cabellos rubios cayeron desordenados sobre la carita rosada y cubrieron los ojos azorados de la muñeca dormida.

Escondido detrás de un laurel secular, el Yassí-Yateré, enano rubio, bonito, cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja y un bastón de oro en la mano, espiaba el momento propicio para apoderarse de aquella hermosa criatura.

En cuanto la madre se alejó, el Yassí, sonriendo maliciosamente, se aproximó con sigilo, tomó á Lía en sus robustos brazos y corrió al bosque.

El grito lanzado por la niña al despertar, atrajo á la madre asustada, pero sólo fué para ver al enano alejarse con su hijita en brazos y penetrar presuroso en el intricado ramaje sin que lo detuvieran lianas¹, ni tacuarembós¹, porque todas las ramas y malezas se apartaban al acercarse Yateré, y, cuando pasaba, volvían á cerrarse, de modo que pronto se perdió de vista.

1. Varias especies de enredaderas abundantes en los bosques de la zona tórrida.

2. Especie de bambú, su follaje forma malla densa, impenetrable, hebras entrelazadas é intrincadas en todas direcciones, cubre las sendas y envuelve con su espeso tejido los matorrales ya por sí mismos espesos.—*Holmberg*.

Empero Juana, como madre que era y como madre valerosa se propuso arrancar á su hijita de manos del ladrón, y sin reflexionar en los peligros de la selva, penetró resueltamente en su inhospitalaria espesura.

Arboles enormes atados por tacuarembós y lianas le cerraban el paso y atravesaban su camino; millones de mirines¹ cubrían su rostro chupando con avidez el sudor que lo inundaba; de pronto se detuvo paralizada por el terror: un yaguareté había lanzado su formidable rujido.

Si retrocedo, pensó Juana, pierdo á mi gordita, no! adelante! y siguió caminando hasta que se detuvo de nuevo, helada y temblando: el cascabel del crótalo sonaba, rápidamente, como si la serpiente estuviera furiosa; desafiarla era morir. Se detuvo, pues, sin hacer movimiento hasta que el reptil aquietado siguió su camino, haciendo sonar más lentamente sus cascabeles.

El día se había apagado casi por completo cuando, en una rama de mirto, divisó al Rorro

1. Abejitas silvestres.

que miraba con sus ojos redondos y estrá-
vicos, su boquita preludiaba un puchero, en
tanto que su brazo informe se dirigía hacia la
derecha.

Oh! adorable muñequita! estaba pálida de
miedo, pero tenía valor para señalar con su
manito sin dedos el camino que llevara el raptor.

Siguiendo la dirección indicada, llegó Juana
á un claro del bosque, y mirando con precau-
ción desde un matorral, vió al Yassí tendido
sobre el musgo, contemplando á la niña robada.

Lía, acostada sobre una camita de icipós¹
fabricada por el enano, jugaba con el tesoro
del bosque, con el Isondú.

El Isondú es la larva más hermosa que existe
en América: su cabeza de rubí brilla con es-
pléndido fulgor; muchos rayos de luna se alo-
jaron en sus anillos, de modo que, al moverse
en la oscuridad, produce una luz más intensa
que la de las luciérnagas.

Y la niña, cuandó veía aquel animalito mo-
verse sobre su ropita, palmoteaba y reía de
contento.

«Mira Yassí, dijo una vez; si Rorro viera este

(1) Icipós, liana de diversas especies.

Isondú, como abriría los ojos. ¿Porque no me traes á Rorro, enano?

«Se quedó á dormir en un mirto», dijo Yassí.

— «Mañana la buscaremos, ahora duerme tú.»

Cuando la nena se durmió, la envolvió con icipós, y cansado del juguete que había robado el Yassí-Yateré se alejó.

Entonces Juana, guiada por el resplandor del Isondú, se acercó á su hijita, la levantó y emprendió con ella y Rorro en brazos el regreso á su rancho, al cual llegó cuando empezaba á clarear.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

Una planta funesta

En uno de los tantos momentos de mi vida, en que, cansada y desfallecida, he acudido en busca de reposo para el cuerpo, ó de una distracción para la mente, al libro, amigo y compañero siempre amable, siempre fiel, encontré una historia, mejor dicho, un diálogo de *Alfonso Karr*, sumamente bien ideado y que, por la novedad de la forma, la verdad que des-

graciadamente encierra, y los beneficios que puede reportar á quien ponga en práctica los saludables consejos que de él se desprenden, me he propuesto ofrecerlo en la primera ocasión á mis lectores y con especialidad á los niños, á quienes interesa en alto grado.

Si la memoria no me es infiel, dice el autor citado, más ó menos, de esta manera:

«Suponed que hace unos 300 años se hubiera presentado un hombre cualquiera á un Jefe de Estado cuyas finanzas anduviesen bastante mal y sostuviera con él el siguiente diálogo:

— «Señor, como sé que el presupuesto de esta nación no dá para mucho, vengo á proponeros el establecimiento de un impuesto que, sin opresión, sin levantar la menor queja, haría entrar en el tesoro del Estado, en un tiempo relativamente corto, cerca de un centenar de millones, puesto que sería voluntario, al que nadie estará obligado, y al que, no obstante, todos contribuirán.

—Veamos vuestro proyecto, habría dicho el mencionado jefe.

Helo aquí, Señor. El Estado no tendría más que reservarse el privilegio exclusivo de

vender una hierba que, reducida á polvo, puede ser introducida en la nariz, en hojas puede ser masticada ó quemada para aspirar el humo.

—¿Es acaso un perfume más delicioso que el ambar, la civeta, la rosa?

—No, por el contrario, huele bastante mal.

—¿Es por ventura una panacea ó una planta maravillosa capaz de librar al hombre de las garras de la muerte?

—Tampoco, hubiera contestado el postulante. La costumbre de aspirar esta hierba en polvo, disminuye la memoria, destruye el olfato, causa vértigos y hasta aplopejías; masticada, envenena el aliento, produce desordenes en el estómago; aspirado el humo, causa, en el primer tiempo, náuseas, vértigos, sudores frios, etc.

Los obreros que se emplean en esta fabricación son delgados, pálidos, enfermos de cefalalgia, de temblor muscular, de afecciones agudas y crónicas del pecho.

—¿Pero es un veneno lo que me proponeis? hubiera exclamado furioso el jefe en el caso de oír al hombre hasta el fin.

—Uno de los más activos que se conocen —hubiera respondido el interpelado.

—Y entonces, como os figurais que haya hombres tan poco amantes de sí mismos, tan descuidados, tan necios, que sabiendo que marchan á la muerte consentirian en fumar esta hierba é introducirla en la nariz? Estais loco, retiraos.

—Saldré, Señor; pero no sin predeciros que llegará un día en que más de 50 millones de hombres, lo hagan y si por acaso ignorais el nombre de esta hierba peór y más engañadora que una sirena, os diré que es el *Tabaco*.

Y en efecto, el hombre de Estado, habría alejado al indiscreto de su presencia, le hubiera hecho encerrar en un manicomio, todo lo cual no habría impedido que se equivocara, pues llegó la hora funesta en que casi todos los hombres se hallan bajo el dominio de esta pasión, que se transmite de padres á hijos con una rapidez cada vez más deplorable, puesto que hoy, como si el hombre estuviera cansado de vivir y no aspirara más que á la destrucción de su especie, prepara con toda tranquilidad un cigarro para sí y un cigarrillo para el hijo de diez años.

I. THALASSO.

Una aventura en el jardín zoológico

Cuando mi amigo Grisel, Presidente de la Sociedad de las inscripciones antediluvianas leído hubo ese día el artículo científico de la revista Galo Romana, soltó una carcajada homérica y casi se ahogó antes de volver á tomar resuello.

¡Los sabios del Nuevo Mundo son realmente originales! —exclamó.

A un filólogo de los Estados Unidos se le ha puesto entre ceja y ceja ir á estudiar el idioma de los monos en medio de las selvas de la América del Sur.

Y esto no sería nada. Pero colocarse en una jaula para estar al abrigo de los ataques de estos animales. . . . Como si no fuera más sensato encerrar á los monos!

Esto no tendría peligros. . . .

Por lo demás: ¿tienen acaso los monos un idioma?

Esto lo sabré hoy mismo, yendo sencillamente al Jardín Zoológico.

Dos horas después, mi amigo Grisel estaba delante de la jaula de un joven babuino, el cual en cuanto le vió le dió la espalda y se puso á comer una zanahoria.

El Presidente de la Sociedad de las inscripciones antediluvianas no dejó de resentirse por este desaire; los animales tienen talvez un idioma, murmuró, pero seguramente les falta un código de cortesía. . . .

¡Eh joven! — añadió golpeando familiarmente con su bastón en el hombro del mono.

Esto, que le produjo un cosquilleo agradable, no impidió que continuara comiendo su zanahoria sin moverse. . . .

Segunda observación, dijo Grisel: los babuínos no comprenden el francés: veamos en que jerigonza nos va á contestar el hijo de los bosques.

Y le golpeó un poco más fuerte.

He aquí como le contestó el hijo de los bosques.

Se dió vuelta rapidamente, se apoderó del bastón y antes que el simpático presidente hubiera podido decir uf!, le agarró del pescuezo con el gancho encorvado y le atrajo hacia sí.

El filólogo quiso resistir, pero el animal furioso se había afirmado contra la reja y Grisel se vió perdido.

El terror le hizo parar el cabello y entonces esta reflexión atravesó su mente con la rapidez del relámpago, que estaría mucho mejor en el lugar del mono, y que el famoso americano no estaba muy equivocado al colocarse en la jaula.

El desgraciado Grisel daba alaridos de esos que se comprenden en todos los idiomas!

Ay! fué mucho peor cuando el mono cazándolo por los cabellos se puso á tironearlo como nunca, mi excelente amigo había tironeado las orejas de sus alumnos.

Horrible animal! quieres dejarme! exclamó.. te haré poner preso durante ocho dias!...

Ay! quince dias! Ay! Ay!... un mes!

Atraverse á tocar al Presidente de la Sociedad de la inscripciones antediluvianas. Ay! Ay! Ay!

Esta consideración conmovió talvez al babuino... esto fué por lo menos lo que pensó Grisel, pues sintió que repentinamente le soltaba su adverbio.

Pero su alegría fué de corta duración. El mono volviendo á tomar el bastón le apaleó como á un villano, y el sabio magullado tuvo que refugiarse debajo de la jaula . . . donde pudo por fin tomar resuello.

Repetidas veces trató de huir . . . echaba una mirada temerosa, pero volvía á esconder la cabeza; pues el babuino, fastidiado sin duda de haber dejado escapar su víctima, le esberaba con la paciencia del gato que espera una laucha.

Al llegar la noche pudo al fin escaparse, gracias al guardian que vino á cerrar las puertas.

Eh! qué hace Vd. ahí? Señor Presidente.— Dijo el buen hombre al verle en tal postura.

Amigo, estudio el idioma de los animales, contestó el filólogo sin turbarse.

Estos sabios tienen ideas muy raras, murmuró el otro; y mi amigo Grisel se fué sin reclamar su bastón.

Agregaré que aunque fuese miembro de numerosas sociedades científicas no hizo ninguna comunicación á la Academia de ciencias, como es costumbre, ni escribió ningún folleto refiriendo su aventura.

No se cuentan esas cosas.

Por otra parte desde ese día no se burla más de los filólogos americanos y cabe suponer que ha abandonado el estudio del lenguaje de los animales por el de las flores.

Es más agradable y menos peligroso

X.

UN PUEBLO MAL CONOCIDO

Pocas líneas sobre la vida y organización de las hormigas van á inponernos de algunos de los secretos que guarda la madre tierra.

Las hormigas forman un pueblo, una República modelo, en el cual, excentos los individuos de mezquinas pasiones, contribuyen por igual con su grano de arena al bién común.

Desde el primer momento de observación se nota entre ellas la división en gerarquias sociales semejantes á las que tuvieron los egipcios¹.

¹ *Egipto*, situado al N. E. de África.

los espartanos² y que tienen los indús³, pero entre aquellos pueblos las diferencias sociales no eran debidas á incapacidad física para pasar de una á otra; tenían su origen en la costumbre ó en las leyes bárbaras que condenaban á los vencidos á dura esclavitud ó á ser considerados como fieras.

Entre los mirmecidos⁴ no es así; la naturaleza ha determinado ya las clases, y mientras unos miembros de la sociedad son amantes tiernas ó madres felices, los otros llevan sobre sus hombros la pesada carga de gobernar á la nación entera; es el reinado de la clase obrera.

En ella, están los ministros de hacienda, de gobierno, las comisiones de higiene y orden público, los arquitectos, los guerreros y los espías; en una palabra, las diferentes ramas del poder están entre las hormigas limitadas á la clase trabajadora; las demás, viven á expensas del trabajo de las siervas que les prodigan los

2 *Esparta*. antigua ciudad de Grecia.

3 *India*. península al Sur de Asia, donde se establecieron los arios y se originaron las castas.

4 *Mirmex*, Doncella de Atenas metamorfoseada en hormiga por Minerva, por haberse atribuido la invención del tejido que se debía á la diosa.

más tiernos cariños, hasta el día en que se efectúan las bodas de la aristocracia.

Una parte de las obreras se levanta á la madrugada y sale á talar los campos; durante el día entero van y vienen cargadas de provisiones, y cuando la cosecha es abundante ó temen perderla, trabajan también de noche, es inútil tratar de proteger los árboles poniendo algodón alrededor del tronco con la esperanza de que sus patitas se enreden, queden presas, ¡inocencia! los sagaces insectos prendidos unos de otros forman una cadena sobre la cual pasan los de más y luego que han concluido el trabajo, el puente vivo se deja caer de espaldas al suelo.

El cuidado de los huevos, larvas y ninfas, ocupa la atención de un número de obreras que espían los menores deseos de los párvulos, para satisfacerlos con prontitud; las jóvenes hormigas recién salidas del cascarón no conocen sus deberes en la vida; entonces las maestras de la nación se encargan de enseñárselos.

Pero no todas las hormigas son iguales, y todo el mundo conoce la hormiga grande negra y la chiquita, la colorada grande y la chiquita, y éso porque las encuentran diariamente al paso ó las

persigue á causa de sus destrozos; hay muchas especies que no se conocen casi; á las diferencias de tamaño corresponden diferencias de costumbres, de organización individual y aún social.

Algunas clases, esencialmente pacíficas, se dedican á la agricultura, siembran una especie de trigo, lo trillan y lo escogen, ó ciertas sustancias orgánicas en las que luego pululan hongos sacarinos; otras, también de costumbres dulces, encuentran, paciendo en aromáticas praderas, á los pulgones, que son como sus vacas y sus cabras, á las cuales pastorean en los mismos sitios en que crecen ó las conducen á sus moradas.

Existen aún vándalos que, condenados a ser guerreros, llevando en sí mismos armas naturales, se lanzan á la conquista. Nada resiste á la nueva falanje que vá recta á su destino hollando todo bajo sus piés, franquea las murallas de una república vecina, y después de sangrienta lucha, en que casi siempre sale vencedora, vuelve á su ciudad cargada de botín, que consiste; no en oro y plata como el que obtenían los griegos y romanos, con cuyos metales fraguaron las cadenas de su esclavitud, sino en

ganados y jóvenes larvas destinadas á la servidumbre, niñas á quienes, mientras dure la lactancia, van á cuidar, cariñosas madres adoptivas, preparándolas para la vida de labor que llevarán más tarde.

Y, ¡cosa extraña! si no fuera por sus pequeñas esclavas que les ponen la comida en la boca, los guerreros, de aspecto terrible y fuerzas hercúleas, morirían infaliblemente de hambre, porque sus enormes mandíbulas les impiden comer; y esas mismas esclavas, aguijoneando el ardor bélico de sus amos, preparan expediciones guerreras contra su propia especie, á la cual parecen conocer tal como el hombre esclavode desde niño desconoce á su madre en la edad adulta.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

TUCUMAN

ARAD HONDOT

A Silvano Bores

.....

Tierra de promisión! Para su lustre
le basta ser la cuna
donde vieron la luz, Avellaneda,
—el príncipe genial de la tribuna,
que en su frase galana,
vibradora de trópica elocuencia,
virtió aroma de selva tucumana—
Alberdi, Lamadrid el esforzado,
que el triunfo con su sable dominara,
y Monteagudo, el rayo de la idea,
cuya palabra, que su sol caldeara,
fué el toque de clarín de la pelea.
Pero más gloria tiene!
En la noche de ayer fué una aurora,
la destinó Dios mismo
para campo de lucha redentora,
palenque de heroísmo!

Inolvidable ayer — al evocarlo

palpitan en la mente fulgurantes
imágenes de luz; visiones patrias
como desnudas vírgenes flotantes—
Y se siente rumor como de dianas,
redobles de tambores
y batir de campanas,
mientras se oye el tronar de los fusiles
y el estampido del cañón airado,
de la noche á los místicos reflejos,
cual el fragor del Yguazú, escuchado
como temblor de tierra desde lejos.

Inolvidable ayer! En él un día
se peleó brazo á brazo
al pié del Aconquija ciclopeo,
cual otro día al pié del Chimborazo.
Lucharon con esfuerzo giganteo,
estremeciendo el corazón del llano,
las tropas de Tristán y esas que pasman!
las huestes de Belgrano!
Se oyeron gritos de victoria luego,
y, al disiparse el humo,
miró del atalaya el centinela,
como inmensa catástrofe de fuego
arder la Ciudadela!

¡Encuentro de colosos!
de un lado el león soberbio, viejo en gloria
y triunfador en lides,
que forjara dos siglos de su historia
con Pelayos y Cides;
y del otro el Centauro
nacido en las florestas tropicales
de América cautiva,
que tiene la pujanza
de la viril intrepidez nativa;
el hijo de los Andes,
destinado á misiones inmortales,
que traza con su lanza
el rumbo de las grandes,
eternas ascensiones nacionales,

Fué ruda y empeñosa la jornada!
En formidable choque
se entreveraron con arrojo fiero,
el gladiador ibero,
cubierto con la cota magullada
de la era feudal, abominable
espectro de la historia,
y el altivo guerrero americano,
con frente iluminada de la gloria

por refulgente rayo,
que embrazaba con brío sobrehumano
por escudo de lucha un sol de Mayo!

Fué ruda y empeñosa la jornada!
Lid de leones, justa de latinos!
pero, arrollados por la ola airada,
los vencedores de Bailén cedieron
y los bisoños cuadros argentinos
de laurel inmortal su sién cubrieron.

Inmenso triunfo, sin igual proeza
que le bastaba para eterna fama,
para grabar su nombre entre los nombres
que la leyenda universal aclama;
más Dios la destinaba
para más limpia gloria;
y cuando el sol radiante de la historia;
entre densas tinieblas se ocultaba
y la España otra vez su predominio
en la patria sin luz reconquistaba,
en Tucumán la predilecta cuna
de las grandes hazañas inmortales,
la libertad del Plata decidieron
en la junta genial de los congresales.

Salve! oh Congreso! — junta soberana
que proclamaste un día
la libertad de la conciencia humana,
la independencia de la patria mía!
La tierra americana
postrada del dolor á los embates,
al escuchar tu voz se irguió atrevida
y aprendió, para diana en los combates
la proclama de fuego de Laprida!

.

X.

LOS INDIECITOS

La índole, las aspiraciones, los ideales y si se quiere hasta las necesidades de un pueblo, se reconocen en la educación dada á la infancia.

En la antigüedad, Esparta propendió al desarrollo físico de sus ciudadanos por la sabia reglamentación de la gimnasia, y se preocupaba al mismo tiempo de que adquirieran sagacidad, virtud altamente apreciada por ellos.

El boer actual enseña á sus hijos el uso de las armas de fuego, y el niño que va á la escuela lleva junto con su cartilla, al hombro el fusil, y la bolsita de munición á la espalda.

Estos niños, eran hombres antes de tiempo: el primero moría bajo los golpes del látigo, ocultando entre los pliegues de su túnica el objeto robado, porque así lo mandaban las leyes de su patria, y el segundo lleva orden de disparar su arma si los salvajes le molestan en el camino.

En nuestra tierra heroica tenemos también hermosísimos ejemplos que ofrecer á la historia, y tanto, que talvez ningún pueblo lo tenga igual al dado por el batallón de 60 niños calchaquies en la época de la conquista.

Después de varios hechos de armas, á cual más sangriento, entre españoles y calchaquies, se habían éstos atrincherado en Deteium.

La lucha era tenaz; los españoles caían, del lado exterior de la empalizada de madera de que estaba rodeada la ciudad, en tan gran número como los indios dentro.

La victoria por mucho tiempo se mantuvo indecisa.

Entro tanto los niños, las mujeres y los

curacas calchaquíes, esperaban en un bosque cercano, el resultado del combate con orden de ponerse en salvo si Deteium era tomada por los españoles.

Por fin un día oyeron, con estupor, atronador vocerío de los conquistadores; ruido de clarines tocando á deguello, ayes desesperados en idioma calchaquí estampido de arcabuces.

¡Deteium estaba vencida! era preciso huir, de la esclavitud y la deshonra, salvar á los futuros guerreros para criarlos nutriéndoles el alma con un odio á muerte al conquistador.

Pero los pequeños han resuelto otra cosa; y en el momento de partir declaran que no son cobardes, que tienen arcos y flechas para el combate y que van á Deteium á morir al lado de sus guerreros, que son sus padres, hermanos ó amigos.

Las madres asombradas no se atreven á detenerles, y el batallón de niños se acerca á la ciudad rendida, en la cual se oye doloroso clamoreo.

Castañeda, el gefe español, envió un emisario.

— «¿Qué deseáis muchachos?» — preguntó éste con su ruda voz de soldado.

— «Venimos por nuestros padres» — contestaron, — dádnoslos ó dejadnos morir con ellos »

Al conocer tan viril respuesta, el asombro cundió entre los vencedores y enterneció los corazones, haciendo cesar la carnicería y dar libertad á los indios que quedaban vivos.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

EL NIÑO Y LA SERPIENTE

Un niño que jugaba con una serpiente domesticada le dijo:

— «Querido animalito, si no te hubieran quitado el veneno, no tendría tanta confianza, pues las serpientes sois criaturas ingratas y perversas!

Ya he leído lo que le sucedió á un pobre paisano, quien habiendo encontrado á una de sus congéneres, que tal vez sería de tus antepa-

sados, casi helada debajo de un haya, la puso en el seno para calentarla. Apenas la infame se sintió rivivir, mordió á su bienhechor, y el caritativo paisano murió!

—Me admiro, dijo la serpiente, de lo parciales que son vuestros historiadores. Los nuestros cuentan esa historia de muy distinta manera. Según ellos, tu hombre caritativo creyó que el reptil estaba realmente helado, y como era una de esas serpientes que tienen el cuero salpicado de lindas manchas de diversos colores, la metió en el seno para llevarla á su casa y allí sacarle la hermosa piel. ¿Era ello justo?

—¡Ah! calla! respondió el niño. —¿Qué ingrato no sabría justificarse?

—Bien, hijo mío, interrumpió el padre que había escuchado el diálogo. Sin embargo, si algún día oyes hablar de una extraordinaria ingratitud, entérate bien de todas las circunstancias antes de execrar á un hombre.

Los verdaderos bienhechores rara vez encuentran ingratos; y en honor de la humanidad yo creo que jamás. Pero, hijo mío, hay gentes cuyos beneficios tienen miras interesadas

y esas merecen en verdad recibir ingratitud en vez de agradecimiento.

LESSING.

Rumbo al Sur

Hace algunos años, el teniente Giacomo Bove, de la Marina Italiana, se ofreció, y obtuvo recursos de nuestro Gobierno, para recorrer las costas marítimas de la República Argentina, con intención de realizar más tarde un viaje á las regiones antárticas.

Componían la expedición, cuyo jefe militar era el comandante Luis Piedrabuena, el cúter Patagonia, una lancha á vapor, la corbeta Cabo de Hornos, y acompañaban á Bove el botánico Dr. Spegazzini, el Capitán Edelmiro Correa representante del Instituto Geográfico Argentino y algunos otros.

El 25 de Diciembre de 1881 zarpaban rum-

bo al Sur, llegando á la isla de los Estados el 30 de Enero de 1882.

El aspecto de la Isla es tétrico, los montes Buenos Aires; Bucheland, Roma, levantan sus cimas oscuras cortadas por profundos derrumbaderos; pero en sus faldas crece hasta 400 metros lujuriosa vegetación.

Tablas rotas, árboles despedazados, fierros torcidos, clavos, anclas, botellas, trapos, cuerdas, despojo de Dios sabe cuantas naves, mezclados, á medio podrir, esparcidos en desorden, anuncian al viajero que aquella región es, como dice el teniente Bove, un cementerio de centenares de embarcaciones.

La Isla de los Estados es una tierra que, desprendida de los Andes, ha sido trabajada por las olas furiosas y cubierta por los hielos en épocas primitivas.

La humedad del clima excluye casi por completo la vida de los mamíferos; las arenas rellenan frecuentemente los puertos que en otro tiempo debieron ser magníficos.

Las avalanchas, las lluvias torrenciales, las furiosas marejadas, la violencia de los vientos, son causa de continuos cambios hidrotopográ-

ficos en la Isla de los Estados, pues parece que la lluvia y el huracán jamás tuvieran reposo á su alrededor, siendo el frío y la humedad sus mayores calamidades.

Los expedicionarios desembarcaron en la Bahía Roca, donde, á cierta distancia de la costa se ven espléndidas hayas, y muchos otros árboles.

Con la lancha exploró Bove la costa norte hasta el Puerto Cook. Los cabos de San Juan, San Antonio, Middle South y San Bartolomé eran batidos por olas violentísimas, y la lancha fué tomada frente al cabo Baily por un remolino espantoso que la sacudía violentamente. Dejemos hablar al marino.

«No era posible gobernar, ni usar velas, ni remar; la pobre embarcación se alzaba, se bajaba, sese rotorcía bajo la acción de aquellas ondas que la azotaban de proa, de popa y de flanco; si hubiera tenido tiempo de hacer observaciones, la habría comparado con un pedazo de madera arrojado en una caldera de agua en ebullición. Jamás encontré tan justo el proverbio: Hay un Dios hasta para los locos »

Los expedicionarios continuaron su viaje

por aquellas costas inhospitalarias. En la Tierra del Fuego compraron algunos esqueletos humanos, y habiendo sido tomados por un vendabal en la Bahía Sloguett, corrió la voz entre los marineros de que los esqueletos aquellos, arrancados al reposo de la tumba á que, como muertos, eran acreedores, se habían reunido en consejo, para perder á la embarcación, y cuando más tarde tuvo lugar el siniestro, se aferraron más en su creencia contra los pobres esqueletos.

Los últimos días de Mayo pasaron sin poder dejar la Bahía de Hammacoia, y habiendo arreciado el tiempo, decidieron echar la embarcación á tierra para poder salvar la vida.

En aquel naufragio, el marinero Jémmy Howard se dejó atar al timón; pero... habla Bove:

«Pusieron cerca de él, doscuchillos desnudos con los que pudiese cortar ligaduras así que su trabajo llegase á ser inútil. No podré olvidar jamás el Bravo Jemmy, amarrado al timón, con los ojos fijos en el que mandaba la maniobra, repitiendo palabra por palabra las órdenes que se le daban.

Steady Jemmy! — Steady Sir! — All right Jemmy! — All right Sir!

El San José volaba sin tocar los escollos, felizmente, hasta que fué á enterrar su proa en la arena de un ansa, se tumbó sobre el flanco izquierdo, y los náufragos tuvieron tiempo de refugiarse en la hendidura de una barranca, con el mar á los piés, y una roca de 200 metros á la espalda.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

LA MOLECULA DE AIRE

(FRAGMENTO)

Si paseando por los jardines veis inclinarse las margaritas como si quisieran besar á las violetas, y las madreselvas y los jazmines oscilar suavemente en sus pedúnculos; si henchidas las velas la barquilla vuela sobre las olas

(1) Firme Jemmy! — Firme Señor! — Muy bién Jemmy! — Muy bién Señor!

ó si en noche tormentosa os despierta un sílbido pavoroso que penetra por las rendijas de de las mal cerradas puertas; si las nubes ruedan con rapidez en el espacio, formando aquí inmensos domos de base azulada y sombría, más allá capullos blancos como velloncitos de cordero, que, desflocándose hebra á hebra hasta tener la apariencia de gasa, dan una tenue veladura al cielo; si todo eso hiere vuestra imaginación, pensad un momento, y comprendereis á que multiplicidad de efectos da origen una sola causa; el movimiento del aire, de ese océano gaseoso, en cuyo fondo vivimos sumergidos.

No hace mucho tiempo, era en 1774, un sabio cuya cabeza pronto¹ iba á caer bajo el golpe mortal de la cuchilla que ensangrentara á la Francia, buscaba con afán la solución de un problema, el despejo de cuya incógnita debía romper la envoltura de la ignorancia que condensaba en cuatro, los elementos de que disponía la Naturaleza para sus combinaciones. Lavoisier, con sus análisis, y sus síntesis, arranca al aire el secreto de su composición, que guardara por tantos siglos, y proyecta para el

(1) Lavoisier.

porvenir más vastos horizontes á la ciencia.

La importancia de este cuerpo, en la economía vital, la sintetiza Flamarión en dos palabras cuando dice: «nuestro cuerpo no es sino un alma vestida de aire».

La composición del aire es sencilla, y su análisis es quizá más fácil de hacer que la descripción del vestido de una mujer coqueta. En su estado puro se mezclan para formarlo 79'20 partes de azóe (privativo de vida) y 20'80 de oxígeno, que la alimenta; á éste debemos nuestra existencia, la llama de la lumbre confortable, la luz que nos ilumina, la esplendidez de la vegetación que nos rodea y el magnífico azul del cielo que nos cubre.

En la atmósfera se mezclan á éstos elementos tales como el carbono, el hidrógeno, y otros cuya importancia en la vida está en graduación descendente.

Así constituida la molécula de aire, incansable viajera, ha comenzado su eterna carrera cuando la tierra no había salido aún de su turbulenta lactancia, para asistir, por una eternidad, á la interminable lucha de las fuerzas con las fuerzas.

Movimientos mecánicos que no se aprecian, introducen á cada instante en el pulmón del animal, la molécula de aire, donde entra en relación con la sangre negra ó venosa que acaba de hacer jira por el organismo; corrientes de aire á la sangre, y vice-versa, producen la hematosis, en la cual todas las propiedades vivificantes de la molécula, han sido absorbidas por la sangre que le deja en cambio su veneno, espirado bajo la forma de ácido carbónico.

En los pájaros, habitantes de la región aérea, que van y vienen por un medio menos denso que su propio ser, el aire pasa del pulmón á las plumas y á los huesos, y cuando respiran con ansia, cada molécula de aire va á penetrar, á inspeccionar por decirlo así, los más recónditos detalles de su lindo cuerpecito, á contribuir, en fin, á que esa pequeña maravilla se eleve en la atmósfera, y ya rozando el suelo, ya perdiéndose en las nubes, nos sorprenda como las golondrinas con las fantasmagóricas circunvoluciones de su vuelo.

Toda la creación orgánica respira; y por más que parezca extraño, las plantas, como los animales, tienen sus pulmones; en ellas son ro-

jos ó verdes, largos, contraídos ó henchidos; sus partes verdes se apropian constantemente el carbono que impurificaría pronto la atmósfera para la vida animal y dejan en libertad el oxígeno ; si bien hay diversas teorías respecto de esto; sus flores inspiran siempre oxígeno, y, á ser más abundantes que las hojas, la vida animal iría fatalmente á su destrucción.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

¡ SALVE !

EN UNOS PREMIOS

Hoy que radiante de vida,
De ensueños y de placer,
Vienes, juventud querida,
A palpar estremecida
Tus ilusiones de ayer;

Hoy que la gloria sonriente
Que con sus gracias le atrajo
Te acaricia dulcemente,
Ciñendo sobre tu frente
La corona del trabajo;

Hoy que á la luz que destella
La estrella de la victoria
Sobre tu empezada huella,
Vez surgir al cabo de ella
Todo un porvenir de gloria;

Gózate mientras agite
Tu noble alma la emoción
Y entre tus goces, permite
Que á tus plantas deposite
Mi lira y mi corazón.

Y mañana que á seguir
Tus pasos vuelvas triunfante.
Recuerda hasta sucumbir
Que el lema del porvenir
Es marchar siempre adelante.

Y graba en tu pensamiento,
Si tu valor se relaja,
Porque se agote tu aliento,
Que en el taller del talento
Quien triunfa es el que trabaja.

M. ACUÑA.

LOS YAGANES

YACAMUSH

Los indios yaganes de la Tierra del Fuego dan á sus médicos el nombre de Yacamush.

Cuando el Yacamush es llamado á ejercer su profesión, lleva la cabeza cubierta con ceniza ó arena y adornada de plumas, la cara y el cuerpo pintados.

Después de examinar al enfermo, cae presa de convulsiones con la cara más desfigurada de lo que ya está por las abigarradas pinturas; de su boca, entre espumarajos, se escapa la palabra: *de-hi-taca, de hi-taca*, repetida muchas veces; de pronto queda quieto y empieza á vomitar pedazos de lanza, madera, puntas de flecha; pues es creencia general, entre los fueguinos, que las enfermedades provienen de objetos introducidos en el cuerpo por malos espíritus.

Pero esta treta suele no surtir efecto y sucede con frecuencia que el enfermo, no sintiendo alivio, aplica una tunda de palos al doctor y á sus practicantes.

Los yacamush son habilísimos para esconder objetos en la boca.

El indio Umaigín fué un día á vender pescado al misionero señor Bridges y le robó un cuchillo. El misionero le preguntó qué había hecho del arma; pero el fueguino negaba tenerla en su poder.

Más tarde, oyendo gritos y llanto cerca de su puerta, salió á informarse, y, en el mismo instante, Umaigín abrió la boca y arrojó el cuchillo diciendo: ¡Oh! Señor, yo me había tragado el cuchillo, no lo había robado. ¿Sería Vd. capaz de hacer otro tanto?

Cuando muere un enfermo; sus parientes más próximos dan alaridos, se hieren el rostro, en tanto que los amigos presentes se tiñen la cara y las manos de negro.

En otro tiempo los muertos eran incinerados, y es tan escasa la ciencia del yacamush, que sucedía muchísimas veces que prendía fuego á la pira y el presunto cadáver, al sentir la caricia de las llamas, se ponía de un salto en medio de su cortejo, introduciendo en él, el consiguiente desorden.

Parece que los casos de muerte aparente son

bastante comunes entre los yaganes, y como los queman ó entierran antes de que el cuerpo haya tomado la rigidez marmórea, hay también muchos casos de enterrados vivos.

Felizmente, los misioneros van consiguiendo, poco á poco, que se espere el tiempo necesario para comprobar la muerte.

E. G. A. de CORREA MORALES.

El Manzano Silvestre

Un enjambre se estableció en el tronco hueco de un manzano silvestre. Allí fabricaron las abejas panales que llenaron con deliciosa miel; y el manzano se puso con esto tan orgulloso que despreciaba á todos los otros árboles.

¡Oh! necia vanidad! gritó un rosal. Te enorgulleces por dulzuras prestadas. ¿Son por ello tus frutos menos amargos? Haz subir el sabor de la miel hasta ellos, si puedes; y entonces el hombre te bendicirá.

LESSING.

Trad. E. G. A. de Correa Morales.

EL GNU.⁽¹⁾

El Gnú es el más raro de los rumiantes: vive en el Africa Central, en las regiones habitadas por los hotentotes y los cafres.

Por su aspecto y estructura ocupa un término medio entre el antílope, el buey y el caballo.

El cuerpo es de caballo, pero la pezuña hendida y los cuernos lo asemejan al buey.

Es del tamaño de un potro de un año, con cuernos gruesos y encorvados, cola de caballo, crin hirsuta, y mechones de cerda en el pecho y en la frente.

Las cataratas del Y-guazú

La masa de agua que corre por el Y-guazú se precipita en el abismo, ofreciendo, por un instante, á quien lo contempla, su color ver-

(1) Léase Nü.

doso. Más apenas comienza su caída, el aire la penetra al ofrecerle su resistencia y la convierte en espumas. Por todas partes desborda su caudal el poderoso Río, no bien aparece una depresión en el borde de su cuenca, y como la resistencia del aire aumenta por la velocidad creciente de la caída, sutiles vapores se levantan del fondo bullidor en que cayeron las espumas, formando como nubes ténuas ó nieblas espesas, á las que el sol de la mañana envía su mensajera de colores.

Todo es glorioso allí. Una vegetación lozana y vigorosa arraiga entre las rocas volcánicas por las cuales se deslizan los torrentes y los arroyos, ora salpicando los troncos de los árboles, ora las grandes piedras que los torrentes arrastraron en el tumulto de su caída. El verde variado de las hojas se destaca sobre el rojizo oscuro de las moles pétreas; las flores embalsaman el ambiente húmedo y tibio de la mañana; las nubecillas de vapor suavizan, al interponerse, lo duro de los tonos. Pero allí está el arco-iris, aire luminoso, á través de cuyas amplias cintas se perciben el contorno y el movimiento, pero nue-

vo, indefinible, luz de lo irreal, cielo del hada invisible, que, en la noche de los tiempos, estampó su varilla mágica en la cuna de este cuadro de belleza incomparable.

Un cielo puro y azul, como un dosel divino, tiende sobre el cuadro su concavidad infinita, y un hondo rumor, inmenso, continuo, se levanta de las profundidades del abismo, saludando la magestad del cielo que lo cubre y lo contiene.

En la plenitud indefinible de ese rumor de las grandes cataratas, bordan su melodía polítonica los hilos de agua que se escapan por las grietas, y, al perfilarse la vaga sinfonía, sus notas fugitivas parecen adormecerse ó despertar en los misterios de un murmullo eolio.

Se oye ruido de vientos que zumban en las olas de un mar inmenso, quejidos de montaña, rugidos de panteras míticas, bramar lejano de leones apocalípticos, y una voz indescifrable que nos dice algo en un lenguaje sin sílabas, y es porque la Fantasía se siente humillada en presencia de tanta gloria, de tanta belleza, de tanta gracia.

Y cuando la noche descorre el luminoso tul

del firmamento; cuando los velos de novia imitan grandes fantasmas que divagan entre las sombras, y el rumor incesante de la gran sinfonía penetra lo más íntimo del alma subyugada, la voz misteriosa se torna inteligible, y la Fantasía, sonriente, alcanza á comprender lo indescifrable, porque los rumores de la Naturaleza son himnos, y los cantos eran el poema de las espumas.

E. L. HOLMBERG.

TERRITORIO DE LOS ANDES

SUS HABITANTES

El indio de las punas es, en conjunto, hermoso, y no escaso de originalidad en su traje y costumbres, lo que le dá cierto interés. Es alto, bien proporcionado, aunque escaso de carnes, musculoso y de tez bronceada. El cabello es lacio, grueso, y lo lleva largo de 8 á 10 centímetros, á fin de que lo abrigue.

En la cara tiene poco pelo, las cejas ralas, así como el bigote ríjido y en grupos. Los pómulos salientes y las mandíbulas robustas.

Los hombres son, salvo uno que otro, de nariz ancha y algo ñatos. Las mujeres la tienen aguileña, lo que les da un perfil generalmente hermoso.

La costumbre de andar á pié por entre los cerros ha influido en su figura, desarrollándoles el pecho y los músculos de las piernas sobre todo.

Desde chiquillos de meses, llevan sombrero, ovejuno ó de panza de burro los hombres y las mujeres. El sombrero, si es chico, no tarda en adaptarse á la cabeza, que ocupa toda la copa de éste. El de panza de burro lo lleva blanco y de gran tamaño.

Visten los hombres ponchos tejidos con lana de oveja ó de llama teñidos, como ya hemos visto, camisa y calzón de liencillo blanco, —esta última pieza es rara— y pantalón.

El calzado es la *ojota* ó *uzuta*: consiste en dos plantillas de cuero sujetadas al pié con tientos ó cueros delgados, y es de uso tradicional en ellos, pues ya la llevaban los

incas, que le adicionaban argollas de oro y flecos de color.

Desde Quilino, en la provincia de Córdoba, hácia el Norte, se empieza á ver la *ojota*, como calzado, en la clase pobre. En los meses de frío, usan guantes de un solo dedo, tejidos por ellos mismos, y gruesas medias también de un solo dedo, por el cual pasa el tiento principal de la *ojota*.

Las mujeres llevan el pelo colgando á la espalda en dos largas trenzas atadas con borlas y cintas rojas. Gustan colgarse al pescuezo collares de color, llevan camisa y bata de lienzo blanco y una pollera de lana azul marino oscuro. Sobre la bata blanca se abrigan con un poncho ó pañolón que se atan al pecho cuando tienen pequeñuelos, á los que sujetan por aquel á la espalda ó á un costado. Como los hombres calzan ojotas.

Cuando les es posible el aumento de su ajuar, compran otras piezas de ropa en los pueblos del valle Calchaquí y entonces se las vé ataviadas con el máximo del colorinche, vestidas con batas verdes de ribetes rojos, y de polleras color violeta, rojo ó amarillo.

Consideran la *coca*¹ como buen remedio para la *puna*² y no emprenden sin ella sus largas marchas á pié. Son admirables por sus resistencia, y al verles trepar incansables por las laderas, recuerdan los famosos chasquis de los incas, que corrían de puesto en puesto, llevando las noticias del reino.

La aridez del suelo, el silencio de los valles desiertos, la nieve y el frío, han influido en su carácter, dándole su mística melancolía.

A las prácticas cristianas, enseñadas por los monjes peregrinos que algunas veces pasan, ó aprendidas en las poblaciones que visitan en sus viajes, unen las antiguas supersticiones de los antepasados, trastornándose la cabeza con la mezcla que hacen de los dioses de sus montañas y los personajes bíblicos.

E. A. HOLMBERG (h.)

1 Planta cuyas hojas masean los indios y los blancos

2 Angustia más ó menos intensa producida por la rarefacción del aire en las grandes alturas.

EL SAPO Y EL AVESTRUZ.

La imaginación fecunda, vivaz, pintoresca de los pueblos americanos, ha dado origen á infinidad de tradiciones, algunas de las cuales, por la índole de los hechos que relatan, pasaron luego al dominio de la Historia; otras quizá, las demás colorido, las más poéticas, pero también las más inverosímiles, se conservaron con carácter de leyendas, leyendas que constituyen parte del patrimonio, á la vez que revelan la originalidad y riqueza imaginativa del suelo que les dió vida.

José S. Alvarez, con su poder de narrador admirable, nos cuenta, con mucha gracia, una de estas tradiciones nacida en la hermosa tierra entreriana.

Parece que allí, en épocas remotas, el avestruz era considerado como el rey de los animales, siendo su dominio la tierra, el aire y el agua, pues entonces corría con extrema velocidad, volaba como un gavián y nadaba como un pez. Al verse tan bien dotado, concibió un or-

gullo intolerable, creándose una infinidad de enemigos, entre los que figuró en primera línea el sapo, del cual con toda tranquilidad se comía la numerosa prole.

El sapo, á su vez, era mirado como el animal más impertinente de la época, siendo esto causa de que se originara, entre ambos, una guerra declarada, que tuvo como consecuencia el siguiente desafío :

Advertido el sapo de la disminución de su prole, cuenta el autor citado, buscó al avestruz, y hallándole á la entrada de un pequeño pajonal, le interpeló seriamente, obteniendo por única respuesta una sonrisa burlona, que le alcanzó al alma, si acaso la tenía.

«Irguiéndose sobre sus patas diminutas, con la garganta seca por la cólera y el ojo brillante y sanguinolento, lanzó á la faz de su adversario un reto á muerte, que éste contestó con una franca carcajada burlona;

-- « ¿Batirme con Vd. . . Señor gigante? . . .

«No señor! . . . Si quiere, más bién le corro una carrera!»

«¡Hombre! exclamó el sapo, sentándose sobre una rama de algodonillo y cruzando la

pierna con coquetería: dice Vd. eso con un aire tan tranquilo, que cualquiera lo tomaría por un corredor de raza.

«El avestruz, sintiéndose molesto, y deseando castigar con altura la pedantería batraciana, formuló la apuesta y convino en que correrían una legua el primer día de la próxima primavera, designando para el encuentro cierta llanura en que el avestruz se ejercitaba de continuo.

En la raya se colocaría un mortero, en cuya parte, hueca, que tiene precisamente la forma del cuerpo del avestruz, se sentaría éste, á su llegada, quedando el sapo dispensado de este requisito, si acaso era ganador, y le faltaba tiempo para lograrlo.

Si el avestruz triunfaba, el sapo sería su esclavo y le salvaría sus nidadas del latrocinio de los ratones que la perseguían, y si el sapo era vencedor, aquél se comprometía á no matar ni comer, en adelante, alimaña alguna que tuviera parentesco legal ó ilegal con el batracio ganador.

El sapo fué á los pajonales desiertos, reunió un centenar de sus parientes, y dándoles

instrucciones reservadas, los llevó ocultamente, noches antes de la carrera, al paraje donde se correría, para decidir la suerte de la raza.

Llegó al fin el día anhelado, hermoso y radiante, y sorprendió ya en la cancha al sapo ventruado que se paseaba inquieto, mientras el avestruz, formando con él, por su esbeltez, contraste chocante, gambeteaba con aire zumbón, luciendo su agilidad y su sutileza para engañar la expectativa de sus perseguidores.

Dada la señal de que los rayeros, el peludo, símbolo de la justicia, quizá por lo lento; y la tortuga, personificación de la honestidad, — estaban en su puesto, así como el mortero consabido, se largó la carrera, constatando el avestruz, con sorpresa creciente, que, por más que aceleraba su marcha, le llevaba una ventaja el sapo diligente.

Cuando llegó al mortero y se dejó caer pesadamente en el hueco que le serviría de asiento, oyó que el sapo le gritaba desde el fondo con voz burlona:

— ¡Cuidado, amigo mire que hay gentel

Con pesar constató su derrota el avestruz petulante, y nunca sospechó que su adversario le

había ganado con más ingenio que celeridad, pues había escalonado á lo largo del camino muchos de sus congéneres que tenían por misión saltar delante del avestruz á medida que éste avanzara, ocultando dentro del mortero á un su hermano, que más que sapo alguno se le parecía y que era habilísimo en parlamentos y discusiones.

El avestruz vencido, juró respetar la prole de su adversario y hacerla respetar de los suyos, y el sapo á su vez, por caballerosidad, ya que el pacto no le obligaba, prometió al avestruz cuidarle sus nidadas, que el ratón, su enemigo personal, perseguía encarnizado.

Desde entonces nadie á visto un avestruz que mate ni coma sapo ó alimaña alguna que con éstos tenga afinidad, y el sapo se hizo el guardián de las nidadas de aquél, desterrando al ratón que, á fuerza de odiarle, no puede coexistir con él y huye de los puntos que frecuenta.

I. THALASSO.

MONTE HERMOSO

Monte Hermoso!... Para la generalidad sólo tiene de hermoso el nombre. Es una serie de colinas de arena semimovible, de unos treinta y tantos metros de elevación, de las cuales la más alta lleva un faro destinado á evitar en lo posible los siniestros que con tanta frecuencia ocurren en esta costa. Es una localidad árida y solitaria, abrasada por el sol y barrida por los vientos que azotan el rostro con la arena ardiente; sin agua y sin pasto, y si lo hay, duro y punzante como agujas de colchonero. Por un lado está limitada por una barranca acantilada de doce ó catorce metros de alto y de unas veinte cuadras de extensión, cuya base, batida por las olas, ora mansas, ora furiosas, del Océano, está acribillada de cuevas y hendiduras, derrumbándose en grandes trozos que caen enterrándose en la arena, semejjando imponentes monolitos, que luego son poco á poco destrozados por las aguas. Por el otro lado, por la espalda, está aislada por una serie de mé-

danos accidentados, ya en forma de cuchillas largas y angostas, ya cónicas ó circulares, formando una faja de un par de leguas de ancho; región casi intransitable, en la que sólo mueven á la vista del hombre en vertigiosa carrera los avestruces y las gamas.

Pero, este punto aislado de todo centro civilizado, enclavado en una región poco menos que inhabitable, es, para el naturalista, si nó un monte hermoso, un monte de oro, un monte de vida hasta ahora desconocida, muerta si se quiere, pero que revive ante nuestros ojos á los golpes de pico aplicados en la barranca.

F. AMEGUINO.

La Isla del Diablo

Hasta hace algunos años era para nuestros antepasados un gravísimo asunto, un acontecimiento importante y una verdadera cuestión de estado el emprender un viaje, por corto que fuese, pues entonces no se movían

nuestros padres sin pensarlo y, repensarlo bien, sin consultar parientes, amigos y conocidos y sin llevar consigo equipo y botiquín capaces de resistir las alternativas de una larga campaña, como ha descrito muy bien el autor de «El Niño Goyito». Pero hoy, gracias á Dios, las cosas han cambiado, y el hombre, ávido de ver y conocer, emplea mejor su tiempo, su fuerza y su inteligencia.

Con la maleta bajo el brazo, allá vá donde su placer ó su deber le guían, seguro de que esa naturaleza que va á recorrer como terreno conquistado, guarda para él tantos misteriosos encantos como agradabilísimas sorpresas.

Hé aquí el porqué, en lugar de encomendar á todos los santos y mirar con compasión al infeliz viajero como lo hacían antes, contemplamos más bien con ojos agrandados por la envidia, al dichoso que pone el pié en el andén de una estación ó piensa en los tormentos de un próximo mareo.

Estoy segura, queridos lectorcitos míos, que pensais como yo, y que si os invitase á recorrer conmigo las provincias de nuestra hermosísima

República, ninguno de vosotros opondría resistencia, sinó que, por el contrario, vería sonreír vuestras boquitas de grana y reflejarse la alegría en vuestras caritas angelicales

Pero, ya que esto no es posible, os pido solamente que me sigais con el pensamiento á una región privilegiada de nuestro suelo, á la semi-mesopotamia, norte de nuestra bendecida tierra, á la simpática provincia de Corrientes.

Allá, en medio de una naturaleza exhuberante y pródiga, en las orillas de uno de los innumerables canales del Paraná, se encuentra edificada la pintoresca ciudad de Goya, considerada por sus habitantes como el centro comercial é industrial del Sur de dicha provincia, y á una legua hacia el Este de esta ciudad, es donde se ofrece al viajero un islote misterioso que guarda una tradición extraña, y cuyo sólo nombre basta para hacer estremecer al menos supersticioso de ellos. Es la Isla del Diablo.

Seguramente que vosotros ignorais lo que pasó allí y por qué se llama así. ¿Será acaso porque se encarnara en ella algún sér maléfico que obrara á impulsos de su padrino Cachano?¹

1. El Diablo.

O fué simplemente la imaginación exaltada de los indios quien le atribuyó tan terrible poder? ¡Quién lo sabe! pero lo cierto es que, bajo el aspecto de un islote, paseábase un aterrador fantasma que, envuelto en lijera niebla, aparecía ora por el Norte, ora por el Sur, sin obedecer más leyes que el capricho de su regia voluntad.

Este fantasma, sostienen los indios, brindaba su decidida protección á una legión de seres infernales que habitaba en su seno, haciendo temblar la tierra y estremecer el aire con sus aterradores gritos, cuando algún sér viviente pretendía hollar su impenetrable dominio.

Esto duró mucho tiempo, pues años y años los infelices indios se conmovieron ante el poder de su pavoroso vecino, y más de una vez sintieron erizar sus cabellos y paralizar su sangre, al oír los siniestros rumores que salían del infernal islote.

Pero todo tiene su fin. A aquellas regiones llegó un día un fraile misionero, de esos que, con la cruz en la mano y la fé en el corazón llevan la calma á los cerebros perturbados, y enterado del encantamiento, se dirigió con gran pompa, y previas todas las ceremo-

nias de exorcismo correspondientes hácia la isleta, la bendijo, y desde entonces permaneció silenciosa y firme.

Esto no es más que una leyenda, pero su origen debe ser de épocas remotas. y, transmitida por los indios de generación en generación, llegó hasta los blancos que, influenciados por ella, han seguido viendo el movimiento imaginario de la isla, aunque ésta no tuviera ya ni intenciones de cambiar de sitio.

Lo que hay de más verídico en todo esto, y que los correntinos afirman con toda seguridad, es que durante mucho tiempo antes de estar tan destruída esta isleta, se guarecían en ella un montón de bandidos, algo peores, y más terribles que los espíritus infernales, con que la creencia supersticiosa de los indios la poblara, y que la habían convertido en el centro de sus operaciones.

Ahora, queridos niños, si no teneis miedo al fantasma ó á sus acólitos, estudiad con determinimiento la provincia de Corrientes y sus alrededores, y decidme luego si encontrasteis huellas ó despojos de la Isla del Diablo.

I. THALASSO.

EL ALMA ERRANTE

FRAGMENTO

Es triste y suave tu fulgor; viajera
de la fúnebre noche solitaria!...

Intima es tu plegaria,
oh brisa pasajera,
que vas de rama en rama sollozando
el lastimero adiós de tu partida!...

Remedo de la vida,
que entre flores y espinas vá cruzando,
los recuerdos llorando
de la inocente juventud perdida!

Tú, dulce brisa, la invisible huella
que hasta el confin de tu natal desierto
guía tu rumbo incierto,
¿no vuelves á cruzar? ¿En él acaso
mueres tal vez como la vida, y ella
como tú, su camino
sigue también que la marcó el destino?

¿Quién sabe al fin, oh brisa pasajera,
quién sabe al fin, si le cortó en el suelo,

y tu vuelo y su vuelo
son soplos de una ráfaga precaria!...

¡Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria!...

¡Oh cuántas veces, silencioso guía
del peregrino errante,
en su breñosa vía

las sombras disipó!... Sabe su pena,
que en la noche de calma

acaricia en sus ojos su desmayo;

él es su amigo rayo,

si en el seno del alma

que la conciencia de la angustia llena,
aún afecto inspira

lo que de él en redor muere ó respira!

.
Llevas la angustia en la abatida frente
como una noche, errante peregrino,
el sol de tu destino
se hundió ya en occidente
para no alzarse más en tu camino.

RICARDO GUTIERREZ.

EL ENSUEÑO

Es el ángel de largas vestiduras
que envuelto en velos de sutiles nieblas
avanza en el silencio de la tarde
lleno de suave gracia y de indolencia,

Es la pálida imagen que se esfuma
cuando el misterio de la noche empieza,
á cuya sola aparición se extinguen
los melódicos himnos de la selva.

Es una evocación que se levanta
del mundo de las mágicas promesas;
y bajo cuyas alas impalpables
un tropel de ilusiones se despierta.

Habita entre las lianas de los bosques,
junto á las linfas claras y serenas,
bajo el cielo movable de las ramas
donde el rumor de la ciudad no llega.

Llama á la choza de pajizo techo,
do ni el temor ni la ambición fermentan,
y allí, cantando sin cesar sus mitos,
las dulces tintas de la aurora espera.

Evita cuanto puede, el encontrarse
donde la lucha y el cuidado imperan,
y si ante el crimen se detiene, es solo
para hacer mas terrible su condena.

Ama las frentes nobles y sencillas
que con el borde de sus alas besa,
la infancia de las almas lo enamora
y se entrega á la paz de la inocencia.

¡Ah! míseros aquellos que ofuscados
sus tesoros dulcísimos desdeñan,
y en afanes inútiles malgastan
las horas de la vida en que se sueña.

¡Ah! desdichados los que tienen culpas
que en sus noches les punzan y desvelan:
si no pueden soñar ¿para que viven?
si no pueden soñar ¿qué es lo que esperan?

ERNESTINA A. LOPEZ

Fanales del mar

La luz del Sol, al pasar de la atmósfera al agua, se refracta; es decir se quiebra, pero no tiene bastante poder para atravesar todas las capas líquidas y llevar su benéfica influencia hasta grandes profundidades.

¿Creeréis por esto que el fondo del mar está sumergido en profundas tinieblas?

Nada de eso. En el mar existen muchos animales que producen luz á semejanza de las linternas y coyuyos¹; hay crustáceos, cuyos enormes ojos; son verdaderos faroles que sirven para guiarlos en los sombríos antros.

La fosforescencia del mar es debida á infusorios que, por millones de millones, pululan en las aguas. El fenómeno alcanza maravillosas proporciones en la zona tórrida, pero en algunos puntos de la costa argentina, tales como Mar del Plata, puede observarse durante las noches oscuras.

Mas no son las luces vagabundas las que van á ocupar nuestra atención por hoy, sinó

1. Escarabajos llamados también Salta:pericos (Elatèridos).

focos fijos, distribuidos en el fondo del mar, verdaderos fanales que sustituyen al Sol en en los insondables abismos.

Este descubrimiento débese al marqués Folín, que ha hecho muchos estudios sobre animales submarinos; más no quiero empañar su interesante narración, y como su estilo es sencillo, lo comprendereis sin dificultad.

« Una noche que habíamos echado la red bastante tarde á gran profundidad; como no podía subírsela á bordo, antes de la madrugada siguiente, cada cual fué á esperar acostado el regreso de dicho aparato á cubierta. Este regreso tuvo efecto á las tres de la mañana, estando el tiempo muy oscuro. Habiendo subido á cubierta en el momento preciso de verla asomar á la superficie del agua, fuénos fácil advertir, que despedía muchos resplandores fosforescentes, particularidad que al pronto apenas nos llamó la atención porque el mar presenta á menudo los mismos efectos cuando lo agita algún choque ó frotamiento.

Pero nuestra sorpresa fué grande cuando se sacó de la red gran número de isis, gorgónidas¹

¹ 2. Género de pólipo del orden de las gorgónidas, semejantes por su forma á un arbusto.

que tenía el aspecto de un arbusto; y vimos que difundían destellos que hicieron palidecer la luz de los veinte fanales con que se alumbraban las pesquisas, y que, por decirlo así, cesaron de lucir tan luego como pusimos cerca de ellas á los políperos. Este efecto inesperado, produjo, al pronto, una especie de estupefacción general, y enseguida llevamos algunos ejemplares al laboratorio, donde apagamos todas las luces.

Dada la oscuridad profunda en que dejamos dicha pieza, aquello pareció cosa de magia, pues presenciábamos el espectáculo más maravilloso que le es dado al hombre contemplar.

De todos los puntos de los tallos principales y de las ramas ó brazos de los isis, brotaban chorros de haces luminosos, cuyos fulgores se atenuaban para avivarse luego, pasando del color morado, al púrpura, del rojo anaranjado, al azulado, al verde de varios tonos y á veces al blanco, pero el dominante era el verde; los demás sólo aparecían por destellos y se fundían rápidamente con aquél. Si, para que el lector pueda formarse una ligera idea de lo que en aquel momento nos tenía embelesados, digo

que todo ello era mucho más hermoso que la más hermosa pieza de fuegos artificiales, ni aún así se podrá suponer el efecto producido, y sin embargo, no se me ocurre otra cosa mejor con que comparar el fenómeno.

«Mas, por desgracia, no fué de larga duración. La vida de aquellos animales se extinguía poco á poco, la vivacidad de los fulgores disminuía á cada minuto, y las luces iban muriendo á la par del organismo.

«Al cabo de un cuarto de hora, su postrera palidez desaparecía, no dejando al polípero mas que el aspecto triste y sombrío de una rama seca.

«Si se examina un pequeño fragmento de esta gorgónida, de este isis, se vé que su eje calizo es muy poca cosa, y que el sarcósoma que lo reviste y que despide la luz no puede tener gran espesor. Y sin embargo, estaba bastante poderosamente organizado para suplantar la luz eléctrica, la de un fuego de artificio, y casi me atrevería á decir la del sol y ésto en todas las partes comprendidas entre los zooides. Para que pueda juzgarse de esta intensidad, diremos que, desde un extremo á otro del

laboratorio, esto es, á más de seis metros de distancia, podíamos leer como á mitad del día los caracteres más pequeños de un periódico».

E. G. A. DE CORREA MORALES.

EL DOLOR

Solitario, cual suele, y cabizbajo,
del ancho mar en la desierta orilla,
se ocupaba del Dolor con gran trabajo;
una figura en modelar de arcilla.

Llega Jove y pregúntale: «¿Qué es esto?»

— «Un muñeco de barro» - le replica:

— «Pon, Padre; tu poder de manifiesto
«y tu aliento vital le comunica.

— «Viva», Júpiter dice; — «mas repara
que, como mío, es fuerza me lo lleve».

— «Imposible, señor, que abandonara» —
grita el Dolor, — «al que su ser me debe .

Jove empero contesta: — «Yo los rijo,
y soy de todos los vivientes amo».—

La tierra entonces presentóse y dijo:

— «De mi seno salió, yo lo reclamo».

En tan grave conflicto resolvieron
á Saturno apelar, para que falle;
el cual, cuando sus quejas le expusieron,
á cada uno ordénale que calle.

Y decide imparcial de esta manera;
—«Tú, Jove, que la vida le infundiste,
recibirás su alma, cuando muera,
desprendida del barro, que la viste;

«tú, Tierra, guardarás en tu regazo
donde inerte descansa, la materia;
y tú, Dolor, con apretado lazo
sujeto le tendrás á la miseria;

«reflejarán sus ojos tu mirada,
con tu suspiro se ahogará su aliento,
y á tu suerte la suya irá ligada
de su vida hasta el último momento».

VENANCIO G. MANRIQUE (Colombiano).

EL CONDOR

En la empinada roca
que los valles domina
y con su frente hasta las nubes toca,
vé allí el águila andina,
el soberbio animal, rey del espacio,
pisar con altivez la excelsa cumbre,
medir la inmensidad, bañarse en lumbré
del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello
y cresta y corvo pico luce ufano,
y con ojos de vívido destello
penetra la extensión, el bosque, el llano.
Bate las alas de potencia suma,
arrójase á escalar el firmamento,
devora espacio y á través del viento
lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube
donde el rayo se forja y brama el trueno
y en ondulante giro sube y sube
á las regiones del azul sereno.
Ni el aire enrarecido, ni la llama
del astro abrasador—candente hoguera
que los mundos inflama,—

parar pueden un punto su carrera
Nada ataja este ardor, esta osadía,
inmensidad y luz busca en su anhelo,
y luz é inmensidad le brinda el cielo,
y hácia el cráter del sol el rumbo guía.
Allá se cierne en estupenda altura,
por los desiertos del espacio avanza,
y un leve punto en la extensión figura
que humano sér á distinguir no alcanza;
no más pronto, del mar en lontananza,
alijero bajel corta la espuma,
y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona
y su ambición la intrepidez corona
vé de cerca los vivos rêsplandores
con que se ciñe el luminar del día,
y debajo los mares luchadores
y por doquiera la región vacía.
En esta soledad goza su pecho,
rey de los seres que el espacio encierra,
todo el azul para volar estrecho,
y el sol delante y á sus piés la tierra.
Tal se encumbra el ingenio peregrino
y á la gloria inmortal se abre camino.

VICENTE CORONADO (VENEZOLANO).

TEYÚ-CUARÉ

La sección de la cuenca del Plata á que llamamos Alto Paraná, es en realidad el Paraná Medio, pues, geográficamente considerado, el curso superior del río termina en el Salto del Guairá; el medio, en la boca del Paraguay, desde donde puede decirse que las aguas marchan hácia el Plata sólo por efecto de la inercia.

Como la navegación del Río llamado Alto Paraná es muy interesante, al paso que relativamente poco frecuentada, vamos á recorrerlo hasta el último extremo á que se puede llegar en vapor, deteniéndonos un momento en algunos puntos.

Pasando Corrientes, nos descubrimos con respeto ante el Paso de la Patria; más adelante está Itatí con su ya célebre santuario; luego las islas Dos Hermanas, y seguimos admirando la rica variedad del paisaje hasta llegar á Ituzaingó, desde donde tenemos en perspectiva el Salto de Santa María de Apipé.

Hemos recorrido más ó menos 50 leguas de navegación fácil; pero las restinjas que obstru-

yen aquel punto del río, son un serio y peligroso obstáculo, y muchas veces, al pasar los vapores á toda máquina han chocado contra los escollos, abriéndose rumbos de consideración, y no es raro el caso de verdaderos naufragios.

Las islas de Apipé, el archipiélago de Yaciretá (país de la luna) y algunas otras que desfilan ante el viajero, son tierras sumamente fértiles, y allí, en medio de las aguas bullidoras, ó tranquilas, en el ambiente diáfano de luz que se quiebra, se descompone ó se refleja, aparecen con todo el fastuoso lujo de su joyel tropical.

No lejos de Posadas, pero en la costa paraguaya, se encuentran las rocas perforadas de Itacuí, (cueva de piedra) por cuya abertura la imaginación de la gente sencilla cree distinguir, á veces, la imagen de la Inmaculada Concepción á la cual trata de propiciar con todas las ofrendas de que en su pobreza pueden disponer.

Prosigamos:

Entre los numerosísimos arroyos que llevan al Paraná el homenaje de la Sierra del Imán, el

más importante es sin duda alguna el Yabebuirí (Río de las Rayas) que, dejando á la izquierda el cerro de Santa Ana, reanima con la melopea de su eterno murmurio á Loreto y vá luego á fundirse en la corriente inmensa.

El Yabebuirí es navegable en todo tiempo por pequeñas canoas, en una extensión de más de diez leguas.

Las ruinas de Santa Ana, de Loreto, más allá de San Ignacio, y luego otras, y otras más, en todas ellas, por la grandiosidad de los monumentos derruídos, se vé cuánta era en su tiempo la florecencia de la República jesuítica; pero todo ha pasado: los misioneros fueron arrancados de aquellas tierras, los pobres indios esclavizados, en los campos cultivados, en las huer-tas y en los jardines creció de nuevo la marañá. Los templos, las escuelas, los hogares donde el niño indígena parecía haber sido redimido de la esclavitud por la religión de Jesús, se derrumbaron; sólo la vegetación poderosa del trópico despliega, hoy como entonces, la magnificencia de sus creaciones y sirve de marco sin igual á los pórticos y á las columnas que aún quedan en pié.

Antes de llegar á la embocadura del arroyo San Ignacio, cerca del cual están las ruinas de la misión del mismo nombre, el cauce del río se abre hasta 2.000 metros ancho y caen sobre su margen izquierda, los últimos albardones de las sierras de Teyú-Cuare, que parece ser la continuación misionera de la sierra de Amambay.

Son muy curiosos estos enormes paredones de piedra del punto de vista geográfico, y como todos los escollos y las rocas de la región tienen ellos también su leyenda, mejor dicho, sus leyendas.

Teyú Cuaré significa *cueva que es ó que fué del lagarto*; y los indios guaraníes, creen, que en los resquicios de aquellas rocas existe un lagarto monstruoso con alas y patas, con aliento de fuego, y cuya ocupación es hacer naufragar las embarcaciones que osen aventurarse por aquel os parajes.

Esta creación de la inventiva india, es quizá una reminiscencia de seres que existieron en épocas anteriores, pues, quitándole el aliento ignívomo, es muy semejante al pterodáctilo de la época terciaria y principios de la cuartena-

ria. Pero ante la observación y la ciencia, los monstruos desaparecen, y el Dr. Bertoni cuenta que en una gran bajante del Paraná, vió, como á la mitad del río, un escollo cuya existencia no han comprobado todos los viajeros.

La barca confiada, que cruzando aquellos parajes tuviera la desgracia de chocar con aquel obstáculo, desaparecería de un modo tan rápido como imprevisto.

Antes de llegar á Villa Azara, ya el río empieza á enangostarse y las orillas á ser cada vez más elevadas, alcanzando en algunos puntos hasta 60 metros, y así encajonada, la corriente es más rápida. Sin embargo, se llega bien hasta el puerto de Tacurú-Pucú que dista de allí mucho más que Teyú Cuaré de Posadas.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

Las Golondrinas

Creedme amigos míos, en el Gran Mundo no se encuentran bien los sabios ni los poetas, pues no se sabe apreciar allí el verdadero mérito, y ellos, oh! . . . son á menudo bastante débiles para cambiar el dón que la Naturaleza les ha concedido, por una habilidad insignificante.

En los primeros tiempos, la golondrina era un ave canora, cuya voz poseía las inflexiones melodiosas del canto del ruiseñor.

Empero, cansada de vivir bajo aleros solitarios, donde sólo podían escucharla laboriosos paisanos ó inocentes pastoras, abandonó tan humilde compañía y fué á habitar en la capital.

¿Sabeis lo que pasó? Que como en la ciudad no tenía la gente tiempo de escuchar su divino canto, ella lo olvidó poco á poco y cambió de oficio transformándose el albañil.

LESSING.

Trad. por D. G. A. de Correa Morales.

PLANTAS LUMINOSAS

Muchas vuces, allá en los tiempos de la feliz niñez, oyendo á los paisanos de nuestra campaña hablar con misterioso terror de la luz mala; exitada mi infantil curiosidad, quise saber qué era, más aún, quise verla; las explicaciones de aquella gente ignorante no me dejaron satisfecha, pues me parecía imposible que Diós, en su suprema bondad, dejara á las pobres almas errar por la tierra desoladas y ansiosas causando terror á los vivos.

Pero no es mi ánimo hablaros hoy de la fosforescencia de los huesos, que seguramente conocereis, no de la luz de San Telmo, tampoco de fosforescencia del mar, ni de los insectos, voy á hablaros de una que ha de seros menos conocida.

El reino de los vegetales es fuente inagotable de enseñanzas y fenómenos curiosos, que nos llama tanto más la atención cuanto que tenemos en general á las plantas por seres casi inertes, incapaces de otros movimientos que los

impresos á su cuerpo por el viento que pasa.

Si os interesais por estas cosas, leed la vida de las feroces dioneas, dróseras y utricularias, cazadoras de insectos, de la mandrágora, que según los antiguos lanzaban desapacibles gritos, de la miedosa sensitiva que pliega sus foliólos al menor contacto.

Existen muchas plantas que, á ciertas horas de la noche, esparcen, en derredor de sí, destellos luminosos; el fenómeno fué descubierto por María, hija del botánico Linneo, la cual, llamó atención de su padre hácia la capuchina común.

En los estanques de Africa, el lirio de estanque exala vivos resplendores; en el Brasil, brilla la *Euphorbia Phosphorea*, en medio de los bosques, durante la noche, y el kus-kus, especie de césped, asusta con su luz interminente á los animales que pacen.

Entre los hongos, los elechos y los musgos, muchas especies son luminosas, y entre las primeras existen algunas pequeñísimas especies, que crecen en las galerías de las mismas iluminándolas con su luz suave.

Muchos naturalistas se han dedicado á estudiar las plantas fosforescentes, y parece pro-

bado que el fenómeno se debe á la influencia de la electricidad, pues se ha observado que el brillo que emiten es mucho más intenso en las noches tormentosas, y después de un día de gran calor, así como también es más poderoso en verano.

Os aconsejo pues, que, si viajando por la selva, atravesando la Pampa, ó cuando la casualidad os lleve á las cercanías de alguna ne-crópolis, os sobrecoje terror al ver brillar una luz azulada, rojiza ó amarillenta, dominéis el miedo, inquiráis, y comprobaréis que es algo que está al alcance de vuestra investigación.

DESPEDIDA Á LA PATRIA

My native land good night! (Byron).

Lejos ay! del sacro techo
que mecer mi cuna vió,
yo, infeliz proscrito, arrastro
mi miseria y mi dolor.

Reclinado en la alta popa
del bajel que huye veloz,
nuestros montes irse miro
alumbrados por el sol.

¡Adiós, Patria! Patria mía,
aún no puedo odiarte: adiós!

A tu manto cual un niño,
me agarraba en mi aflicción;
más colérica tu mano
de mis manos lo arrancó;
y en tu zaña desoyendo
mí sollozo y mi clamor,
más allá del mar tu brazo
de gigante me Janzó.

¡Adiós, Patria! Patria mía,
aún no puedo odiarte, adiós

De hoy ya más vagando triste
por antípoda región,
con mi llando al pasajero
pediré el pan del dolor;
de una en otra puerta el golpe
sonará de mi bastón,
¡ay! en balde: ¿en tierra extraña
quién conocerá mi voz?
¡Adiós, Patria! Patria mía.

aún no puedo odiarte, adiós!
¡Ay! de tí sólo una tumba
demandaba humilde yo;
cada tarde la excavaba
al postrer rayo de sol.
«¡Ve á pedirla al extranjero!»
fué tu réplica feroz;
y llenándola de piedras,
tu planta la destruyó.
¡Adiós, Patria! Patria mía
aún no puedo odiarte, adiós!

En un vaso un tierno ramo
llevo de un naranjo en flor:
¡el perfume de la Patria
aún aspiro en su botón!
Él, mi huesa con su sombra
cubrirá, y entonces yo
dormiré mi último sueño
de sus hojas al rumor.
¡Adiós, Patria! Patria mía,
aún no puedo odiarte, adiós!

JOSÉ EUSEBIO CARO (Colombiano).

LA LECHUZA

Un fondo de superstición innata en el hombre, le ofusca á veces, hasta el extremo de revestir objetos insignificantes con formas extrañas y fantásticas ó convertir seres inofensivos en presagios de acontecimientos funestos y desdichas.

La lechuza, el ave misteriosa de la noche, cuyo vuelo sin ruido y chillido agudo y desapacible, hace estremecer al más valiente ¿no es acaso considerada como triste mensajera de muerte para el desdichado que le oye?

¡Cuántos corazones han latido de terror al contemplarla suspendida en un punto matemático del aire ó dirigirse en línea recta hacia el campanario ó la cima de un árbol!

Y, ¿es acaso de hoy esa creencia? ¿somos nosotros los primeros injustos hacia esa ave cuya sola falta es lanzarse á vivir cuando la Naturaleza duerme? ¿Por qué desagrada la vista del buho, del mochuelo, y al caer la tarde, si nos encontramos aislados en el cam-

po, huímos de las ruinas y nos agachamos cuando el aleteo de esas aves acaricia por casualidad nuestras frentes heladas por el terror?

Porque, desde que hemos nacido, hemos oído lo que ahora á nuestra vez contamos, y en adelante lo dirán igual los que hoy lo escuchan de nuestros labios, á pesar de que ellos como nosotros, y nosotros como muchos que ya no existen, tendrán la seguridad de que son seres de todo punto incapaces de dañar, pobladores del silencio, que no causan mayor mal que el de desagradarnos y sin pacto alguno con la melancólica é inflexible Parca.

Tan antigua y tan general es esta superstición respecto á la lechuza, que en tiempo de las misiones nació una leyenda que hasta hoy conservan los paraguayos.

Existe en el río Alto Paraná, más al Norte de Teyú Cuaré¹, un paredón de piedra llamado Suindá Cuá (ó cueva de la lechuza), donde, según parece, desaparecieron en un día todas

1 Teyú-Cuaré (cueva que fué del lagarto), enormes paredones de piedra, cubiertos de vegetación, cerca del antiguo pueblo de San Ignacio.

las vacas que poseían las reducciones jesuíticas de Jesús y Trinidad.

Cuenta la leyenda que no siendo estos animales convenientemente cuidados y atendidos por los indios, un santo indignado bajó á la tierra, y valiéndose de la lechuza, hizo desaparecer el ganado para castigar á los indios por su pereza y falta de cumplimiento del deber.

Es indudable que necesitando los Jesuitas extraer esas haciendas, quizá para ir á socorrer con ellas á alguna otra reducción, ó por cualquier otro motivo, dieron con esta leyenda no sólo una satisfacción á los indios, sino que, al mismo tiempo, según su costumbre, aprovecharon esa oportunidad para aplicarles una lección de formidable moral práctica para lo sucesivo.

I. THALASSO.

La quemazón

MONTARAZ

Corría el Ubajay siguiendo las caprichosas curvas del manso raudal que al pronto estrechaba la orla verdeante de los carrizales ribe

reños para rebasar una altura y rodaba luego en una hondonada de playas arenosas.

El sarandí y la paja brava cedían allí el puesto al camalote que expandía sobre el agua tranquila sus embalsados de hojas pulposas y lucientes, rematadas por vistosos racimos de flores en que el blanco, el azul y el morado se fundían en una suave graduación de colores hasta teñir toda la corriente con esos vagos tintes violáceos de que se cubren los arroyos de mi tierra en la hora crepuscular.

El sol, ya casi en ocaso, filtraba á través de los ramajes, largas flechas de luz, salpicando el obscuro matiz de las yerbas con lentejuelas de oro. Y en los claros de los remansos el agua cabrilleaba herida por el sol y hacía chispear el pavonado lomo de una banda de biguáes que bogaba lentamente.

En lo más alto de la barranca, una garza solitaria, inmóvil, como petrificada mirando la corriente, parecía dormitar. Más allá, un ave enlutada se oculta en los juncales al sentir las pisadas de un casal de carpinchos que avanzan retozando sobre el blanco arenal.

El ave medrosa lanza de improviso un grito

quejumbroso, y en el ambiente tranquilo de la tarde se extingue lentamente la voz angustiada del carahú que llama en vano á la compañera que nunca volverá.

Tras aquel ruido sintióse en el arroyo ruidoso chapoteo, los biguaes pasaron azotando el agua con las largas alas, los carpinchos bufaron ariscos ¡ap! ¡ap! hundiéndose en la corriente, y la garza remontó el vuelo luciendo al sol su níveo plumaje y fué á posarse en la copa de un sauce aleteando.

Ruidos apresurados partieron entonces de las espesuras y una cuadrilla de toros de cerdo morrillo y aguda cornamenta apareció de improviso en una abra del monte. Se detuvieron un instante volviendo la cabeza, escarbaron el pasto castigándose los flancos con el grueso borlón de las colas, se apeñuscaron chocando las recias astas y volvieron á desaparecer.

Detrás, erizando las plumas del pescuezo y el cuerpo recogido, cruzó una bandada de avestruces huyendo en línea oblicua; se separaban y volvían á juntarse los charambones delante de las hembras que un hermoso ma-

cho convoyaba corriendo á retaguardia con la cabeza erguida y las alas esponjadas que tendía ya á un lado ya al otro en rápidos despliegues, como si el animal quisiera protegerlas de un invisible perseguidor.

Pasaron breves instantes y el campo quedó nuevamente en reposo.

Pero entonces, hacia el lado de donde huían los animales, empezaron á elevarse espesas humaredas y un rumor sordo que cada vez fué siendo más cercano, anunciaron la quemazón...

Caía la noche. Sobre la masa ennegrecida de los montes flotaron antorchas gigantescas, que flameaban crepitando entre las maciegas, corrían locas enroscándose á los altos troncos, trepaban rápidas por los ramajes cubiertos de lianas y plantas parásitas, hasta abrasar toda la arboleda que se retorció con sordos crujidos antes de entregarse al insaciable enemigo.

Desgarramientos secos, estallidos de la savia que reventaba con chisporroteos de luces fantásticas, resonaban por todos lados, mientras las llamaradas adquirían cada vez mayores proporciones ensanchando la zona devastadora.

Las aves montaraces huían desbandadas, re

flejando en las claridades rojizas del incendio sus oscuros plumajes; y al ras del pasto tostado cruzaban en precipitada fuga dando silbidos y broncos chillidos las alimañas de los pajonales.

La línea de las llamas seguía avanzando hacia la costa de Ubajay, pero allí el tupido cerco de las yerbas acuáticas la contuvo bañando sus hojas de jugo nutricio al contacto del fuego. Las llamaradas rabiosas estiraban sus lenguas ondeantes chamuscando apenas las plantas exteriores del camalotal. Algunas llegaron hasta el borde del arroyo intentando saltarlo, pero al fin se encogieron retrocediendo fatigadas.

Entonces se precipitaron al asalto de un viejo ceibo que se cubrió de blancos espumarajos como si quisiera proteger las débiles guías de las enredaderas que festonaban el crestón de sus flores purpurinas.

De repente, en medio de los juncos de un estero, un puma concolor se revolvió braman-do sin querer abandonar la guarida, hasta que una llamarada le envolvió y empezó á tostarlo. La fiera se irguió bravía sobre el barranco

y dando un gran rugido se tiró á la corriente.

Al fondo, el bosque entero ardía convertido en una enorme hoguera.

Los árboles despojados del follaje mostraban sus troncos negros y escuetos quemándose entre fragores, como si una legión de invisibles combatientes hiciera disparos de metralla en medio del incendio que teñía las claridades del cielo con resplandores anaranjados.

Y allá arriba, muy lejos, sobre el toldo azulado — tan puro y transparente que no se veían las estrellas, — levantábase la luna llena derramando blanquecina vislumbre sobre aquella arboleda deshojada y tétrica, cuyos gajos retorcidos por las llamas semejaban las negras cruces de un inmenso cementerio.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Argentino.

EL ASTRÓNOMO

La gente de campo parece dotada de una fuerza de observación muy superior á la que poseen los habitantes de las ciudades, y esto nos lo prueban muchos hechos que parecen insignificantes á primera vista, no obstante presentar una verdadera fuente de enseñanzas.

El labrador, el campesino, el último chicuelo de las afueras, sabe aproximadamente la hora con sólo fijarse en la inclinación de la sombra; bástale ver hácia dónde se dobla el pasto para darse cuenta de qué viento sopla y echar una mirada distraída al cielo para saber si debe recoger sus herramientas ó si puede dejarlas esa noche al descubierto.

Estas consideraciones han venido á mi mente al recordar una historieta, que me contó un señor amigo, al regresar de un viaje á las provincias, que yo tendré mucho gusto de poner en conocimiento de mis simpáticos lectores, si me prometen la más estricta discreción, pues

no quiero que mi amigo me considere capaz de contar lo que me cuenta.

Empiezo, pues. Entre los muchos prisioneros hechos por el gran general argentino, D. José de San Martín, aquel héroe que con tanta justicia se ha dicho, era el genio invencible de América; cuya espada de fuego trazaba á su paso surcos de libertad; había un señor español apellidado Martínez, que al pasar por San Juan obtuvo su libertad como tantos otros, del magnánimo corazón que, por la fuerza de los acontecimientos les había apresado.

Este señor se estableció en la provincia ya nombrada, que, como se sabe, es una de las más adelantadas, más mencionada por sus viñas y de las que más concurren á la prosperidad de la Nación.

Así, como no carecía de inteligencia y deseaba crearse una situación independiente, abrió un pequeño negocio y se puso á trabajar con ahínco, poco después se casó, llegando á tener con el tiempo una hermosa familia y un pasable bienestar,

Como era de suponer, se encariñó con la provincia donde era tan feliz y deseando ha-

cer algo en favor de ella, le pareció que lo mejor y más útil, sería establecer un observatorio astronómico, para cuyo fin envió á su hijo mayor, que consideraba el más inteligente, á Paris, á estudiar Astronomía.

Al cabo de algunos años volvía el joven Martinez á sus lares, pero siendo largo el camino, vióse obligado á pedir hospitalidad en un rancho antes de llegar á su ciudad natal.

Una anciana, dueña de la casa, se la ofreció de buena gana, compartió con él su cena, compuesta de un poco de carne y pan moreno, y llegada la hora de acostarse, aunque la noche era espléndida, le dijo: «Mire señor, es bueno que Vd. haga cama en esa cocina y guarde sus cosas, porque esta noche ha de llover.»

El mozo miró al cielo y contestó: «No tenga cuidado Señora, yo haré cama bajo aquellos algarrobos.»

La viejecita insistió varias veces, hasta que el joven, cansado, le dijo: «Buena Señora, déjeme Vd. en paz, yo soy astrónomo y por consiguiente sé muy bien si vá á llover ó no.»

La viejecita le pidió disculpa y segura de haber hecho lo posible por el bien de su huésped

fué á acostarse. Martinez estaba muy cansado, y se durmió como una piedra. A media noche llovió, vino una gran creciente, le llevó toda la carga que traía y no se ahogó porque Dios no lo quiso.

Al otro día su sorpresa no tuvo límites y, preguntó á la vieja: «Dígame Señora, cómo sabía Vd. que iba llover, y yo, que he estudiado seis años me engañé?

—Señor, dijo la anciana, yo tengo un burrito que cuando está por llover anda retozando y va á pararse en aquella esquina y nunca se equivoca.

El joven Martinez asombrado y cariacontecido, cuando llegó á San Juan dijo á su padre: «Papá, yo he malgastado deplorablemente mi tiempo; Vd. puede hacer conmigo lo que quiera; pero si me pone un observatorio, la gente va á reirse de mí, y le contó lo sucedido.

I. THALASSO.

La Araña y el avispón

La variedad de costumbres es lo que hace interesante el estudio de los insectos. En unos predominan la paciencia y la sagacidad, en otros la veleidad, la fuerza, el mal genio; hay asesinos y víctimas, amos y esclavos, potentados é indigentes, que viven como el estafilino *Myrmedonia Argentina*, de las migajas que caen de la mesa de la hormiga *Pogonomyrmex caratus*; hay parásitos, carpinteros, aserradores, albañiles, papeleros, etc.

Los insectos suelen luchar entre sí, y sus batallas tienen, por último fin, la muerte del adversario, á quien se mata para llenar las necesidades vitales de la nutrición; el enemigo puede ser más pequeño y más débil, en cuyo caso todo concluye pronto, pero si es más fuerte y opone resistencia, se presencia un torneo singular lleno de interesantes peripecias.

Uno de los más frecuentes es el que tiene lugar entre una araña grande amarillenta con rayas y manchas negras, llena de pelos, y que

en los pueblos de campo, donde todavía se conservan los postes suelen hacer su vivienda en los agujeros destinados á una cadena que casi siempre falta. Es la *Holconia Pythagorica*.

Ya se sabe que, para el naturalista, todos los animales tienen su nombre y apellido y el nombre de esta es Pitagórica, aunque ninguna de su especie haya sido amante de la sabiduría y si solo amante de devorarse las moscas.

Esta araña tiene un enemigo terrible, más pequeño pero más ágil, más prudente y con la ventaja de hallarse dotado de alas: el avispón colorado.

Un día hace algunos años, había ido yo á un galpón viejo de la estancia en que estaba, á ver como trabajaban unas avispas fabricadoras de papel.

Depronto, siento un crí, crí, particular y algo que me escarbaba en la cabeza, y al sacudirla con fuerza, cae delante de mí una araña tremenda, llevándose en la boca al más simpático de todos los avispones; pero observando con atención, veo que la araña aquella no movía las patas y que era el avispón quién caminando hacía atrás conducía su gigantesca presa. To-

qué al insecto con un palito; é inmediatamente voló asustado, pero un rato después lo ví observar de lejos, acercarse luego, volar alrededor de la inerte araña, correr febrilmente hasta que, por fin, del todo tranquilo, volvió á tomar su presa y continuó su interrumpida marcha.

Salió del galpón, se deslizó á lo largo de la pared, y llegando hasta cierta altura, empezó á escalar el muro.

En una ascención vertical era más difícil llevar un cuerpo tanto mayor que él mismo, y á los pocos centímetros de jornada, avispón y araña rodaron al suelo; vuelve aquel á tratar de subir: nueva caída, nueva tentativa: y así se sucedieron éstas, hasta que al fin consiguió llegar á un agujero que había en la pared como á cinco varas del suelo. Depositó allí su carga y se alejó volando para volver un momento después.

La araña no estaba muerta y cuando el avispón entró de nuevo en el michinal, la ví ponerse en guardia, erizar sus pelos, levantar sus patas anteriores y abrir un poco las terribles mandíbulas.

Ya me parecía verla lanzarse sobre el insecto que andaba cerca de ella sin hacer caso de sus demostraciones hostiles, pero nada de esto sucedió.

Al día siguiente, al ir á ver la araña, la encontré destrozada en parte: el abdomen faltaba y las patas estaban esparcidas en el fondo del agujero.

Más tarde he tenido ocasión de observar el principio de esa lucha fatal para la araña; los he visto encontrarse y reconocerse instantáneamente, prepararse ambos.

La *Holconia* tiene la fuerza y el veneno, pero le falta la agilidad que sobra al *Pompilus*¹, que tiene por su parte una de los más terribles agujones que clava una y otra vez en su enemigo, se retira para volver bien pronto, antes que se haya repuesto aquél, hasta verlo al fin caer aletargado por el dolor, como si estuviera muerto.

La guerra de estos dos animales tiene por causa poderosa la necesidad de dar de comer á sus larvas, que no pueden por sí solas buscarse

1. *Pompilus erubescens*.

alimentos y que encuentran manjar delicado el abdomen y tórax de araña, como los chinos se deleitan con nidos de salanganas ó con ratones cebados; y esas larvas glotonas, groseras, pequeños caníbales, se comen á la infeliz araña viva, nó pronto, sino poco á poco, haciéndole sufrir todos los dolores horribles que deben experimentarse al sentir penetrar en la carne mandíbulas como tenazas que la despedazan bocado por bocado.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

EL - LAL

Las tradiciones de los pueblos, al pasar de generación en generación, van enriqueciéndose en peripecias, ensanchándose, englobándose hasta aparecérsenos, los héroes que las ejecutaron, con las formas grandiosas, fantásticas, de dioses ó semidioses.

Entre los numerosos cuentos de las épocas heróicas, existe uno común á todas ellas, y

aunque en cada región se le adorne con distintos detalles el fondo es el mismo.

Es el hombre héroe ó semi-dios que enseña, á la raza humana, á servirse del fuego, á hilar, á fabricar armas, que la libra de los azotes, es Hércules, ó Teseo, ó El-Lal.

«El-Lal»—Veamos lo que dicen al respecto los tehuelches.

Los tehuelches ó patagones, son la raza mayor que se conoce, mide, término medio, dos varas de estatura, y, vistos á la distancia, envueltos en sus largos quillangos de piel de guanaco, su elevada talla adquiere mayores proporciones.

Habita actualmente esta raza en el territorio de Santa Cruz.

Magallanes descubrió el puerto de Santa Cruz y tomó posesión de él.

El río del mismo nombre es navegable en casi toda su extensión; desemboca en el Atlántico como á 20 leguas de la bahía de San Julián; sus aguas son de un color azul lechoso, su corriente rápida, baja por un valle que se dirige de O. á E., bordeando por colinas ó plataformas bastante áridas; empero los escasos pastos que crecen en ellas son propios para la cría de gana-

do, así como también existen valles y cañadas entre las colinas, que la agricultura utiliza con provecho.

Cuando se navega río arriba, las orillas se van elevando, y como á 224 ks. llegan á tener más de 1000 metros sobre el nivel del mar, viéndose al Nord-Este y al Sur, inmensas plataformas de basalto, lo que prueba que, en esas tierras, cubiertas otrora por las aguas, se produjeron erupciones volcánicas.

Lo que más abunda en este territorio, son los avestruces y guanacos, habiendo también fieras, especialmente pumas, y en muchísimas partes, el terreno está minado por los tucu tucús¹ (*Ctenomys magellanicus*).

Los tehuelches son grandes cazadores de guanacos, cuya piel les sirve de vestido y la carne de alimento; son amables de condición y de índole mansa; todos los viajeros que han tenido relación con ellos, hacen elogios de su bondad.

Hace pocos años, estando acampado el teniente Bove á los bordes del río Inlet, vino al campa-

1. Mamífero pequeño, perteneciente al orden de los roedores.

mento un tehuelche llamado Hallen, tenía como 16 años de edad, cara llena, animada de sonrisa inteligente, ojos grandes, negrísimos, cabellos largos y relucientes, atados por un pañuelo que le servía de vincha, cejas casi rectas convergentes sobre la nariz, labios gruesos, y en éstos y en la barba, muy parecido á la raza etiope; llevaba, en las orejas, grandes aros de plata; venía descalzo, cubierto con su gran capa de guanaco; tenía como única fortuna un caballo. Habiéndole invitado á cenar, bajó, fué á sentarse cerca del teniente Bove, mirando los objetos del expedicionario con la mayor atención y lo que más parecía interesarle era el papel, cuando tomó alguna confianza, empezó á probarse los guantes, primero no daba con los dedos y cuando consiguió ponérselos, se quedó con las manos estiradas y tiesas sin atreverse á cerrarlas; más tarde vinieron al campamento, mujeres y muchachos que traían tres caballos, en cada uno de los cuales montaban tres ó cuatro personas, y cuando Bove les ofreció la mano para que bajasen, les pareció aquello tan raro que reían á carcajadas.

Estos indios tan bondadosos, sin que por ello

dejen de ser interesados, cuentan, pero sólo á las personas que ganan su confianza, las aventuras de un héroe: El-Lal, que bajó á tierra para ayudarles á dominar las fieras, á darles el fuego y enseñarles las escasas industrias que poseen.

Como todo aquel que desea sobresalir, El-Lal fué probado, y pasó mil trabajos, y si no recibió premio en la vida, fué porque le esperaba otro mejor: la inmortalidad:

El Lal era hijo del Nosjthej, sér sobrenatural y feroz. Cuando El-Lal nació, su padre mató á su mujer, y no contento con este primer crimen, iba ya á dar muerte á su hijo para comerlo; felizmente, en el momento de ir á ejecutar tan sangrienta acción, sintió trepidar el suelo bajo sus piés y al mismo tiempo un ruido insólito que le distrajo; pasados algunos segundos, volvió al niño, pero éste había desaparecido y en el sitio en que yacía la madre, brotaba la fuente cristalina de Gentre, venerada hoy por los zónecas.¹

El Lal había sido robado por el roedor Ter-guerr, sobrenatural también, que habita las

1. Tehuelches.

profundidades de la tierra, quién deseando proteger al futuro héroe, le llevó á su cueva, le abrigó en su nido de lana de guanaco, le alimentó y le cuidó mientras fué pequeño.

Más tarde, cuando el niño supo caminar, adiestróle en trepar montañas, correr al borde de los precipicios, y en dominar la fatiga persiguiendo los animales de caza.

Llegado á hombre, El Lal quiso proteger á la raza de su madre y enseñar á los hombres á domar los seres feroces que pueblan la tierra.

Del tronco de un árbol que cortó, fabricó su arco; el cuero de un guanaco, que encontró muerto, le proporcionó la cuerda; la obsidiana¹ de la montaña le dió puntas filosas para sus flechas.

El-Lal tiene la agilidad de la pantera, la rapidez del ciervo, la fuerza del león; sus armas han de ser invencibles

Caminando un día al borde de un torrente, fué acometido por un puma enorme. El-Lal, sin desaminarse, armó su arco, y la flecha, silbando por el aire hirió de muerte á la fiera.

Otro día, ha nevado y tiene frío; entonces

1. Mineral semejante al vidrio.

toma dos guijarros, hace un montón de leña, golpea las piedras una contra otra, y enciende el fuego; ese es otro beneficio que hace á los hombres.

Pero El-Lal, desearía tener plumas para sus flechas. ¡Cómo volaría por el aire si el cóndor quisiera darle algunas! se las pide, y el pájaro altanero le contesta que no le es posible acceder. El-Lal amenaza al rey de las aves, pero ésta sonríe con desprecio, abre sus enormes alas, y remonta en el espacio; una flecha parte del arco, el cóndor herido cae á los piés del héroe, el cual le arranca las plumas de la cabeza y lo deja libre, en castigo, será calvo en adelante.

La tierra no tenía árboles, pero un día que el viejo Nosjthej perseguía á El-Lal, el héroe, á punto de ser alcanzado, se detiene, lanza un grito, y pegando en la tierra con el pié hace brotar una selva enmarañada, que impide continuar al iracundo padre, y al mismo tiempo ha de proporcionar, al hombre, madera para sus arcos y sombra en el verano.

Estaba casi terminada la obra del hombre diós, cuando apareció un gigante feroz llamado Goshge, que se comía los niños y tam-

bién los cazadores extraviados. El-Lal lucha con él y trata de matarlo con sus flechas, pero el pecho de Goshge era duro como el hierro, y las flechas se quebraban ó rebotaban; era preciso, pues, renunciar á la lucha abierta y leal, y ya que era necesario libertar á los hombres de sus azotes, valerse del subterfugio. Entonces El-Lal se convierte en tábano, penetra por las fauces de Goshge y le hinca la trompa en el estómago; en vano el gigante se retuerce y blasfema, sus gritos hacen temblar la tierra, y los ecos de la montaña los repiten con estruendo pavoroso; todo es inútil: está herido de muerte.

Después de haber servido á los hombres enseñándoles á fabricar su choza, ó aprovechar la lana de guanaco, á librarse de las fieras se cree merecedor de un premio y pide, al sol y la luna, le concedan su hija por esposa; los astros le contestan que se sienten honrados con tal solicitud, pero quieren engañarlo y le envían una esclava. El-Lal se indigna del subterfugio y amenaza al sol con sus flechas.

Este golpe lo ha sumido en el desencanto.

su misión ha terminado. Entonces se transforma en avecilla, y posado en las alas de un cisne, desaparece con la bandada que se dirige hacia el Oeste».

E. G. A. DE CORREA MORALES.

LA BRISA

Aliento de la mañana
Que vas robando en tu vuelo
La esencia pura y temprana
Que la violeta lozana
Despide en vapor al cielo

Díme, soplo de la aurora,
Brisa inconstante y lijera,
¿Vas por ventura á esta hora
Al valle que te enamora
Y que gimiendo te espera?

¿O vas acaso á los nidos
De los jilgueros cantores
Que en la espesura escondidos,
Te aguardan medio adormidos
Sobre sus lechos de flores?

¿O vas anunciando acaso
Soplo del alba naciente,
Al murmurar de tu paso,
Que el muerto sol del Ocaso
Se alza ya niño en Oriente?

Recoje tus leves alas,
Brisa pura del estío,
Que los perfumes que exhalas
Vas robando entre las galas
De las violetas del río.

Detèn tu fugaz carrera
Sobre las risueñas flores
De la loma y la pradera;
Y vé á despertar lijera
La madre de mis amores.

Y díla, brisa aromada,
Con tu murmullo sonoro
Que ella es mi sola adorada,
Y que en mi pecho grabada
Como á mi vida la adoro.

M. ACUÑA.

Un cuento de abuelita

¡Abuela! . . . ¡Abuelita! ¡Mama vieja! decían los chicos, — cuéntenos un cuentito, hoy que llueve y no podemos ir á la escuela.

— ¿Qué voy á contaros? si ya he repetido mi repertorio.

— Pero abuelita, interrumpió la chiquitina Lucía, calándose las gafas que aquella tenía en la mano; Vd. lee todo el día libros que están llenos de cuentos, y deben ser bonitos porque á veces ríe y á veces llora, como nosotros cuando nos habla de Robinson ó de la cabaña del tío Tom.

— Lo que yo leo, hijas, son cosas serias, pero voy á ver si puedo arreglar algo que podais comprender; dejadme hacer memoria. Ah! ya, os hablaré de la vid, cuyo fruto bien conoceis.

— Oh! abuela, se nos hace agua la boca; hasta Junio hemos tenido este año uvas de San Juan y Mendoza, enviadas por nuestro amigo M.

— Sí, aquella región de los Andes se adapta perfectamente al cultivo de esa planta.

—Y de ella también se traen ricos vinos por el Ferro-Carril del Pacífico.

—Verdad es, pero sería mejor que no los trajeran, porque ese es un artículo muy fácil de adulterar, y como es de uso corriente viene á constituir un peligro grande, pues los comerciantes sin conciencia expiden, bajo el nombre de vino, drogas venenosas que perjudican grandemente á la salud

—¡Ah! ¿y los que se embriagan?

—Esos son unos desgraciados y criminales al mismo tiempo, porque se envenenan, se van matando paulatinamente, arruinan su salud, se embrutecen, dan mal ejemplo, y otros males mayores acarrearán á sus hijos.

—Si viera abuelita ¡que risa me dá, cuando veo un ebrio por la calle!

—No, replicó la abuela, jamás puede dar risa el espectáculo de un hombre tambaleante, hablando disparates, que os mira con ojos estúpidos. No niños, cuando veais eso, atravesad la calle y seguid por otra acera; un ébrio lo que causa es repugnancia.

Yo creo que si los hombres supieran hasta donde pueden llegar las consecuencias de un

vicio, que así como la fortuna puede pasar hasta los biznietos, se detendrían horrorizados y no beberían más.

Mientras esto se habla, Lucía, con las gafas de la abuela, estaba sentada allí cerca, parecía no escuchar, ni estar en la conversación, cuando de pronto dijo:

—Pero Abuela, Vd. nos está robando la plata; ese no es el trato.

—Bueno, chicos, cierren el pico y que Abuela solita hable.

Todos se desbandaron á buscar asientos, y poco después volvían, cuál con una sillita de hamaca, quién con un banquito, que colocaron bién cerca de la querida anciana, y con los ojos fijos en ella esperaron á que empazase.

«Pues señor» dijo ésta:

—Se cuenta que siendo joven Dionisio¹ viajaba por Grecia para ir á Nascia. El camino era largo, el sol quemaba, y el niño fatigado se sentó en una piedra para reposar.

Observando en derredor, atrajo su atención

(1) Baco ó Dionisio.

una plantita cuyas hojas frescas, de un lindo verde, presentaban elegantes recortes.

«Si pudiera llevar este arbustito para mi jardín», se dijo: - ¿pero cómo?

Y mirando en torno, vió el fémur de un pájaro (en aquella época había pájaros colosales), lo tomó, desprendió con cuidado la plantita de la tierra, procurando no dejar completamente pelada la raíz, y la metió en el tubo del hueso.

Emprendió luego la marcha, pero el camino era largo y la plantita crecía con tanta rapidez, que pronto sus dentadas hojitas miraban sonrientes la luz del sol, en tanto que por el lado opuesto, las fibras radicales estiraban sus cordones amarillentos en busca de tierra y humedad.

El sol era ardiente, y el joven diós, con el deseo de salvar á su protegida, buscó un hueso más grande; la casualidad le deparó un húmero de león y allí guardó su tesoro.

Pero la luz, ejerciendo su influencia misteriosa, atrajo de nuevo las hojas á sí, el tallito se estiró; el sol iba pues á calcinarlas.

Dionisio tentó un último esfuerzo; ya tocaba al término de su viaje; buscó de nuevo en

derredor y vió cerca del camino un asno muerto; tomó entonces unos de los grandes huesos largos y sin detenerse á separar los otros encajó en su cavidad todo el conjunto.

Cuando llegó á Nascia, su primer pensamiento fué para su tesorito, corrió al jardín, hizo un hoyo, y como los huesos que le habían servido para transportarla estuvieran muy enredados por las raíces, por temor de dañarlas, puso en tierra todo junto.

En el verano siguiente recogió el fruto de sus desvelos, el tallo sarmentoso y desairado se levantaba á varios metros, pero entre el áspero follaje, doraba el sol hermosísimo racimos, con los cuales fabricó el primer vino que ha bebido la raza humana, la cual se aficionó al sabroso licor y muy luego abusó de él.

Entonces Dionisio fué testigo de un gran prodigio. Cuando los hombres comenzaban á beber se ponían tan alegre que cantaban como pájaros.

Cuando habían bebido algo más, se volvían feroces como leones.

Cuando llegaban al exceso, bajaban la cabeza y presentaban el aspecto estúpido de un asno.

Y salió por un caminito y entró por otro...

¿Quereis, hijos, prometerme no beber vino, ni ninguna clase de bebidas alcohólicas?

Oh! sí; dijeron todos, y, entre besos prometieron á la abuelita jamás probar, como no fuera por mandato del médico, el licor aquel, que enturbia la inteligencia y desfigura el rostro hasta el punto de hacernos asemejar al animal de las orejas grandes.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

EL MILAGRO

Transportémonos á la provincia de San Juan, desde cuya capital se distinguen los gigantes Andes y donde vió la luz el gran intelectual de nuestro pueblo, el ilustre Sarmiento.

Los muchachos de San Juan son tan traviosos como cualesquiera otros de la tierra.

No extrañareis entonces que os cuente alguna picardía llevada á cabo, hace muchos años, por un grupo de niños pertenecientes á distinguidas familias de aquella provincia hermana.

Sucede, pues, que durante algún tiempo, el teatro de muchas travesuras, mejor dicho, el punto de vista de todas ellas, fué la iglesia parroquial.

En los michinales de la torre anidaban gran número de palomas, cuyos gorditos pichones incitaban á los muchachos siempre aficionados á buscar nidos, pues, en San Juan, no existe el Pombero¹ que cuida los nidos en Misiones.

Y no sólo subían á la torre en busca de las palomitas, sinó que llegaron una vez á apoderarse de una pequeña campana que llevaron á un descampado donde organizaron una fiesta religiosa.

Cuando el Cura párroco, Señor Castro, oyó el repique y se enteró del hecho, envió al sacristán á recoger la campana que estaba bendita; pero los muchachos se resistieron á entregarla, diciendo que la devolverían una vez terminada la función, y el sacristán hubo de batirse en retirada.

Todas estas cosas tenían justamente enojado al Sr. Castro, que resolvió ponerles término

1. El Pombero, sér fantástico, que según los misioneros, cuida los árboles y los nidos.

aplicando un correctivo á los audaces y traviesos jovenzuelos.

Cuando se organizaba una *razzia* de pichones, pasaban los de la partida por un angosto zócalo que rodeaba la torre, vaciaban el nido, y seguían su camino, para bajar por la escalera del campanario, pues, en lo exiguo del zócalo aquél, era imposible volver; harto peligrosa era la travesía y solo muchachos de un pueblo montañoso eran capaces de hacer una excursión, por aquella veredita debajo de la cual, á más de 10 metros quedaba la calle.

— Uno de tantos días, ya agotada por completo la paciencia del sacerdote, tomó unas disciplinas y esperó á los rapaces.

— «Ninguno de Vds. bajará por la escalera», les dijo, «sin recibir de mi mano una buena azotaina».

Los muchachos se resistían; esquivaban el bulto, rogaban al padre que pegara despacio, que no volverían á pecar, y, quieras que no, fueron recibiendo su castigo y llevando las marcas que les imprimieran las bién manejadas disciplinas.

Entre los de aquella partida había un muchacho de apellido Rufino, niño orgulloso, altivo y valiente.

— «Padre», le dijo, «no sufriré que V. me pegue».

— «No pasas», replicó el cura, «sin recibir tu merecido.»

— «Déjeme, pasar, ó me arrojo de la torre.»

— «Puedes botarte, pues no te libras.»

No había concluído de hablar, cuando el niño volaba por el aire en dirección á la calle.

Castro cayó fulminado por un ataque; no había pensado que Rufino cumpliría su amenaza, que solo tomó por balandronada de muchacho.

Los compañeros bajaron por la escalera desolados, esperando encontrar, á su compañero de piraterías con el cráneo hecho pedazos.

Pero, cuál no sería su sorpresa, al contemplarlo de pié en medio de la calle y que al acercarse les dijo sonriendo:

«A ver, pues, las señales de los azotes? lo que es yo ni una seña; ni me he lastimado.»

Sin saberlo y con exposición de su vida, había puesto en práctica, el joven Rufino, el principio del paracaídas.

El traje de los niños sanjuaninos era, en aquella época, una blusa de cotonada bastante larga y cerrada, y encima un ponchito redondo muy

ajustado al cuello; este traje, bastante amplio es algo resistente. Al extenderse en el aire impidió que el atrevido muchacho se estrellara contra el pavimento.

La gente del pueblo, por su parte, siempre dada á atribuir á influencias sobrenaturales todo aquello que, en su ignorancia, no alcanza á comprender, clamó: ¡Milagro! y como tal los buenos sanjuaninos lo atribuyeron al padre Castro.

LAS IDEAS

Surje á veces en el llano
y en la loma á veces brota,
susurrando mansamente,
como de una arteria rota
cristalino manantial;
manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura,
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura
como sierpe de cristal.

Dánle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla
y despliega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.

Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura,
ya parece desde lejos,
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.

Pero avanza, siempre avanza,
deja el llano, cruza el monte,
y al murmullo de sus pasos
se vá abriendo el horizonte
como el velo de un altar;
lo saluda el ave errante
con dulcísimos gorjeos
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos
á la luz crepuscular

La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho en que fermenta
la ansiedad del infinito,

la inquietud del porvenir;
y creciendo y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso
impertérrito y sombrío
con el mar á combatir.

Así nacen las ideas
manantiales de onda pura;
las ideas que no tienen
más escudo y armadura
que el escudo de su fé!
Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean
y se allanan las montañas,
y los páramos chispean
á los golpes de su pié.

OLEGARIO V. ANDRADE.

¡Al rincón! Quita calzón!

El liberal obispo de Arequipa, Chaves de la Rosa, á quién debe esa ciudad, entre otros beneficios, la fundación de la casa de Expósitos, tomó gran empeño en el progreso del seminario, dándole un vasto y bien meditado plan de estudios que aprobó el rey, prohibiendo sólo que se enseñasen derecho natural y de gentes.

Rara era la semana, por los años de 1796, en que Su Señoría Ilustrísima no hiciera por lo menos una visita al colegio, cuidando de que los catedráticos cumpliesen con su deber, de la moralidad de los escolares y de los arreglos económicos.

Una mañana encontróse con que el maestro de latinidad no se había presentado en su aula, y por consiguiente los muchachos, en plena holganza, andaban haciendo de las suyas.

El señor Obispo se propuso remediar la falta; reemplazando por ese día al profesor titular.

Los alumnos habían descuidado por comple-

to aprender la lección. Nebrija y el Epitome habían sido olvidados.

Empezó el nuevo catedrático por hacer declinar á uno, *musa, musae*. El muchacho se equivocó en el acusativo del plural y el señor Chaves le dijo:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

En esos tiempos regía por doctrina aquello de que la letra con sangre entra, y todos los colegios tenían un empleado ó bedel, cuya tarea se reducía á aplicar tres, seis y hasta doce azotes sobre las posaderas del estudiante condenado á ir al rincón.

Pasó á otro. En el nominativo de *quis vel qui* ensartó un despropósito, y el maestro profirió la tremenda frase:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

Y ya había más de una docena arrinconados, cuando llegó su turno al más chiquitín y travieso de la clase, uno de esos tipos que llamamos revejidos, porque á lo sumo representaba tener ocho años, cuando en realidad doblaba el número.

—¿*Quid est oratio?*—le interrogó el obispo. El niño ó conato de hombre alzó los ojos al

techo (acción que involuntariamente practicamos para recordar algo, como si las vigas del techo fueran un tónico para la memoria) y dejó pasar cinco segundos sin responder.

El obispo atribuyó el silencio á ignorancia, y lanzó el inapelable fallo:

— ¡Al rincón! ¡Quita calzón!

El chicuelo obedeció, pero rezongando entre dientes algo que hubo de incomodar á su Ilustrísima.

— Ven acá, trastuelo. Ahora me vas á decir qué es lo que murmuras.

— Yo, nada, Señor... nada, —y seguía el muchacho gimoteando y pronunciando á la vez palabras entrecortadas.

Tomó á capricho el obispo saber lo que el escolar murmuraba, y tanto le hurgó que, al fin, le dijo el niño.

— Lo que hablo entre dientes es que, si Su Señoría Ilustrísima me permitiera, yo también le haría una preguntita, y habría de verse moro para contestármela de corrido.

Picóle la curiosidad al buen obispo y sonriéndose lijeramente respondió:

— A ver, hijo, pregunta.

—Pues, con venia de su Señoría, y si no es atrevimiento, yo quisiera que me dijese cuántos Dominus vobiscum tiene la misa.

El Sr. Chaves de la Rosa, sin darse cuenta de la acción, levantó los ojos.

—¡Ah! murmuró el niño, pero no tan bajo que no lo oyese el obispo. — También él mira al techo.

La verdad es que á Su Señoría Ilustrísima no se le había ocurrido hasta ese instante, averiguar cuantos *Dominus vobiscum* tiene la misa.

Encantóle, y ésto era natural, la agudeza de aquel arrapiezo.

Por supuesto, que hubo amnistía general para los arrinconados.

El obispo se constituyó en padre y protector del niño, que era de una familia pobrísima de bienes, si bién rica en virtudes, y le confirió una de las becas del Seminario.

Cuando el señor Chaves de la Rosa, no queriendo transijir con abusos y fastidiado de luchar sin fruto con su Cabildo, renunció en 1804 el obispado, llevó entre los familiares que le acompañaron á España, al cleriguito del *Dominus vobiscum*, como cariñosamente llamaba á su protegido.

Andando los tiempos, aquel niño fué uno de los prohombres de la Independencia, uno de los más prestigiosos oradores de nuestras Asambleas, escritor galano y robusto, habilísimo político y orgullo del clero peruano.

¿Quién fué?

Francisco Javier de Luna Pizarro, viejísimo arzobispo de Lima, nacido en Arequipa en Diciembre de 1770 y muerto el 9 de Febrero de 1855.

RICARDO PALMA

Los dos tordos

Persuadía un tordo, abuelo,
Lleno de años y prudencia;
A un tordo su nietezuelo,
Mozo de poca experiencia,
A que acelerando el vuelo,
Vienes con preferencia
Hacia una poblada viña,
E hicese allí su rapiña.

Esa viña ¿donde está?
Le pregunta el mozalvete
¿Y qué fruto es el que dá?
Hoy te espera un gran banquete,
Dice el viejo: ven acá:
Aprende á vivir, pobrete,
Y no bien lo dijo, cuando
Las uvas le fué enseñando

Al verlas saltó el rapaz
¿Y esta es la fruta alabada
De un pájaro tan sagaz?
¡Qué chica! ¡qué desmedrada!
¡Ea, vaya,! es incapaz
que eso pueda valer nada;
Yo tengo fruta mayor
En una huerta y mejor.

Veamos, dijo el anciano;
Aunque sé que más valdrá
De mis uvas solo un grano.
A la huerta llegan ya;
Y el joven exclama ufano:
¡Qué fruta! ¡qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?...
¿Y qué era? Una calabaza!

Que un tordo en aqueste engaño
Caiga, no lo dificulto;
Pero es mucho más extraño
Que hombre tenido por culto
Aprecie por el tamaño
Los libros y por el bulto:
Grande es, si es buena una obra,
Si es mala toda ella sobra.

IRIARTE

EL ESPÍRITU DE SALOMÓN

(DEL ALEMAN)

Un anciano se ocupaba todo el día, hasta durante las horas de mayor calor, en cultivar su heredad, sembrando con sus propias manos las semillas en el seno fecundo de la tierra.

Un día, vió, lleno de temor, que, debajo del extenso ramaje de un tilo, se levantaba una aparición celestial.

— «Yo soy Salomón», dijo el fantasma. «¿Qué haces aquí, anciano?»

—Si tu eres Salomón—contestó el viejo,
—«¿porqué me lo preguntas? Cuando era joven,
me enviaste á casa de la hormiga, yo la obser-
vé, aprendí á imitarla, siendo laborioso y aho-
rrativo y hasta ahora practico estas virtudes.»

«Tú comprendiste á medias la lección,» —
replicó el espíritu.—«Vuelve nuevamente al
hormiguero y aprenderás á reposar en el in-
vierno de tus años y á gozar de los bienes
que hayas acumulado.»

LESS. NG (1)

Trad. E. A. G. Correa Morales

LA PIEDRA ITÁ-GUAIMI

(PIEDRA VIEJA)

En el Río Alto Paraná, siguiendo al Norte, y
pasando el puerto de Pirá Puitá (pescado colo-
rado) sobre la costa paraguaya, que lo es de la
aldea que se llama Villa Azara, la barra del
arroyo Itutí (salto blanco), que se reconoce por
la pequeña y preciosa catarata que, desde el

(1) Gottohodl Efraim Lessing, célebre autor alemán: nació en Sajonia en 1729 y murió en 1781.

rio, se vé despeñarse graciosamente entre una cortina de magnífica vegetación, y la de los arroyos Iroi-guazú é Iroi-mí (arroyo frío grande y pequeño), sobre las piedras de la playa que quedaban al descubierto, gracias á la bajante que se había producido en la época en que pasamos (Agosto), se hallaba la famosa piedra Itá-Guaminí.

Esta piedra es de forma casi ovóide, gruesa en su mayor porción; tiene, sobre su parte superior una extrangulación de la que se eleva otra porción pequeña y casi cuadrada, de modo que parece un gran cuerpo con su cabeza respectiva.

Dada su forma curiosa, guarda también su leyenda, de origen, á mi modo de ver, jesuita.

Esta piedra, en otro tiempo, fué una muchacha desobediente, mal mandada, y que nunca hacía caso á sus padres, sinó que simplemente se dejaba llevar por sus caprichos.

Habiéndola mandado su madre á buscar agua al río, salió con el cántaro en la cabeza, refunfuñando entre dientes, viendo lo cual Tupá (Dios), indignado, la transformó en piedra, en el momento que llegaba á la orilla, y desde en-

tonces ha quedado petrificada, en castigo de su desobediencia.

No es extraño, como he dicho más arriba, que esta leyenda tan moral, segunda edición de la de la mujer de Lot, en la que también se castiga la desobediencia, haya sido sugerida por los jesuitas, que aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la Naturaleza, en provecho de sus doctrinas, tanto más cuanto que los indios no necesitan de leyendas para hacerse obedecer por sus mujeres é hijas, ya por naturaleza pasivas y demasiado acostumbradas á otro orden de argumentos más persuasivos y brutales

Hasta hace poco, y aún hoy, algunos indios, sobre todo los guayanás, al pasar por allí, no se atrevían á tocar la tal piedra, ni hablar fuerte delante de ella, porque tenían la creencia de que la Itá Guaimí se enojaba, é inmediatamente sobrevenía una gran tormenta, de modo que, ya cerca de allí, se decían con aire misterioso:

— ¡¡Cháque Itá-guaimí!! ⁽¹⁾ ¡¡Cháque Itá-guaimí!!

JUAN B. AMBROSETTI.

(1) Cuidado con la Itá-guaimí.

El gatito Lobú.

¿Entraré aquí?

Esto se decía un gatito muy flaco y pequeño, mientras apoyaba sus patas delanteras en el umbral de una puerta y escudriñaba el interior.

Salido, quién sabe de donde, cansado, manchado con el polvo de las calles, temblaba de hambre y de frío en la acera solitaria, aquella triste noche de invierno en que la necesidad le obligó á buscar un asilo.

Sin duda la casa no sería de su gusto, pues siguió adelante, al trotecito de sus débiles piernas, arrimándose á la pared, y lanzando de vez en cuando aullidos lastimeros.

A ratos deteníase desalentado, y, mirando al cielo, exclamaba: ¡qué noche de perros! como si los gatos fuesen de una esencia superior.

Olfateaba el umbral de otra puerta y volvía á decir: ¿entraré aquí? Pero mientras sacudía una tras otra sus patitas para entrar lo más aseado posible, el ladrido de un perro, un rui-

do de voces, pisadas rápidas, el estrépito de la vajilla en un comedor bien iluminado ú otra cosa cualquiera, lo hacían huir á escape y buscar otro albergue lejos de los mordiscos de los perros ó los puntapiés de las sirvientas.

Por fin, después de dos ó tres estaciones ante otras tantas casas que abandonó por peligrosas, se detuvo y entró resueltamente en una, de modesta apariencia, y cuyo zaguán oscuro, y el silencio que en ella reinaba, lo alentaron mucho.

Sin embargo, apenas traspuesto el umbral y llegado que hubo al patio, nuestro vagabundo, prudente como todos los de su raza, empezó á tomar infinitas precauciones, su marcha fué cautelosa, miraba á uno y otro lado continuamente, volvíase de vez en cuando á observar si era seguido, sus orejitas acartuchadas movíanse también atentas al mínimo rumor; un hilo de luz que se filtraba al través de una puerta entornada le sirvió para orientarse. Redoblando las precauciones iba á colarse dentro, cuando medio muerto de espanto se detuvo y agazapándose lo mejor que le fué posible, esperó los acontecimientos.

Lo que sucedía era lo siguiente: una niña alegre y bulliciosa cruzaba el patio á todo correr y con gran estrépito, para darse ánimo sin duda, pues el patio estaba tan oscuro.

Una voz de mujer decía: Ven niña, que hace frío! y la niña respondía: al momento mamá, voy á cerrar el cancel que ha quedado abierto y pueden entrar ladrones.

Nuestro gatito, mientras se acurrucaba más aún pensó: bueno, si tardo un poco más, me quedo afuera.

Cuando todo se hubo tranquilizado; el intruso resolvió llevar adelante sus exploraciones, y alargando el cuerpo de una manera inverosímil, con el cuello tendido hacia adelante y las pupilas dilatadas hasta hacer negros sus hermosos ojos verdes, fué avanzando con infinita lentitud, apoyaba apenas sus pies, como si temiera que el piso fuera á quebrarse bajo el peso de su cuerpo, de vez en cuando volvíase con un movimiento rapidísimo como si le hubieran tirado por el rabo, al menor rumor se detenía; el ruido de una puerta, al cerrarse, lo hacía dar involuntariamente un salto de payaso.

Al fin, creyéndose seguro, trepó á una silli-

ta en la cual había un cojín, y, sobre éste acostada una diminuta muñeca; pero el gatito se sentó sobre ella sin el menor miramiento. Desde aquí observó de nuevo la habitación; los muebles y los juguetes esparcidos por ella, le revelaron que éste era el dormitorio de la niña, que poco antes viera; y con alguna inquietud pensó: le gustarán los gatos? Tenía razón de estar inquieto el pobre, pues los niños son á menudo crueles con los infelices animales que merecerían más bién su compasión y su cariño.

Por lo pronto estoy muy bién aquí, continuó diciendo, y á fin de estar siquiera presentable empezó á lamer afanosamente su hermosa piel, y á lavarse la cara con la patita mojada previamente en saliva.

Poco después, un tufillo que llegaba del comedor, lo atrajo irresistiblemente; se oía ruido de platos y el comedor parecía estar cerca.

--Si fuera allá, se decía el gatito, ¡qué hambre tengo! y más animado desde que el blando cojín había vuelto el calor á su helado cuerpo, marchó resueltamente.

[Cuántos actos de valor no reconocen otro móvil que el deseo de aplacar el hambre!

Acércase pues al comedor, y ya iba á meterse debajo de la mesa, cuando un chillido ensordecedor le paró en seco.

En vano el mísero tomó una actitud humilde é inofensiva, la niñita lo seguía señalando horrorizada mientras gritaba:—«ese animal, ese animal!»

La madre se rió para tranquilizar á la hija.

Si es un gatito lobuno—dijo,—lo que te ha sorprendido es su color. Entonces la niña se acercó algo temerosa aún y poniéndose en cuclillas llamó: Lobú! Lobú!, mientras pasaba tímidamente su manita por el lomo del que, desde ese momento, quedó bautizado con el nombre de Lobú.

Pronto se hicieron buenos amigos, y á la vuelta de algún tiempo, Lobú se puso desconocido, parecía una bolita de puro gordo, era un gusto ver su hociquito y sus patitas rosadas; su hermosa piel grisásea y reluciente le daba un hermoso aspecto. Con qué gravedad y donaire recorría ahora la casa, se sentaba en medio del patio á tomar el sol, dándose aires de rentista, ó salía muy ufano á la ventana á ver si su amita volvía de la escuela.

Y era de ver su alegría silenciosa, pero no por eso menos expresiva, cuando aquella entraba; como se le acercaba zalamero frotando su cabecita contra las piernas de la niña, arqueaba el lomo y parábase ante ella estorbándole el caminar; alejábase un momento fingiendo dar caza á una pelusilla cualquiera, afilábase las uñas en un felpudo y volvía á sus fiestas que se centuplicaban cuando la niñita, atándose una servilleta al cuello, se sentaba ante una taza de té con leche y tostadas.

Lobú daba entonces un ágil salto, hasta colocarse sobre la mesa y la miraba inclinando graciosamente la cabeza á un lado y á otro, como un pintor que contempla su obra, relamíase después los bigotes dando unos cuantos bostezos en señal de apetito, y si nada de esto conmovía á la niña, cambiaba de táctica, alargaba suavemente, oh! muy suavemente, la patita y la apoyaba en la mano de su amiga, mientras la miraba con infinita dulzura, como diciéndole «¿te olvidas de mí?».

Pero estaba escrito que su dicha no sería larga, pues ¿no se les antojó á los ratones in-

vadir la alacena y devorarse en una noche enormes tajadas de queso?

Esto clamaba al cielo; la mamá enfurecida maldijo de todos los ratones habidos y por haber; también se quejó de los gatos perezosos que dormían apoltronados en un cojín mientras los ladrones invadían la casa de sus amos.

Lobú era delicado; se afligió mucho ante tales acusaciones, y su alarma creció de punto cuando oyó hablar de trampas y veneno, y de mandarlo á pasear á él, á Lobú! Volver á trotar por esas calles muriéndose de frío y de hambre, nunca! Pero ¿qué hacer? Ahora se le formaba un juicio sumario: este gato no sirve más que para estorbo, decía la Señora, y hacía el recuento de lo por él destrozado: que el fleco de un sofá, que las borlas de aquel cojín, arrancadas en un momento de alegría juguetona, que un florero roto la semana anterior, sin embargo, Lobú recordaba perfectamente haber tomado infinitas precauciones al ir á sacar unas pajitas que dentro había.

La niña lloraba murmurando: pobre Lobú! pobre Lobú!

Angustiado Lobú resolvió subirse á la azo-

tea para meditar, y tristemente empezó á pasearse por el borde de la pared con estóica indiferencia por la vida. De pronto fijó su atención en un enorme gato que roía un hueso, y pensando que la ancianidad es madre de la sabiduría, resolvió acercarse á pedirle consejo.

El gatazo, así que lo vió, comenzó á mostrar los dientes y gruñir de un modo poco alentador. Pero Lobú era valiente; esperó que el feo gato concluyera de comer, y entonces le presentó su caso, pidiéndole que le aconsejara lo que debiera hacer.

Al principio el interpelado pareció no prestar la menor atención; lamíase la pata y pasábala por sobre sus orejas, sin importarle un comino de la aflicción del pobre Lobú. Pero después, pensando quizá que era un semejante y que debería ayudarlo, se rascó el cogote con aire reflexivo, y entre dos enérgicas lameduras, con las que terminó de limpiarse el lomo, le dió su opinión.

Lobú se retiró agradecido, mientras su consejero se retiraba perezosamente al sol, satisfecho de haber realizado una buena acción.

Desde entonces Lobú permaneció casi cons-

tantemente, día y noche, olfateando y escarbando un agujero junto al zócalo, de donde partían emanaciones delatorias.

En vano la niña lo llamaba, y hasta le alzaba en sus brazos para apartarlo de allí, apenas se veía libre, volvía rápidamente á su puesto. Su amor propio y su porvenir estaban comprometidos en esa lucha y al fin venció, que la constancia siempre halla su recompensa; ésta se presentó para Lobú bajo la forma de dos ó tres ratones que paseó en triunfo por toda la casa y con los cuales se divirtió bastante antes de devorarlos.

Aquella noche, mientras se apelotonaba en las faldas de la niña, oyó que la mamá apaciguada murmuraba, es una monada este gatito! qué buen cazador, ya no lo echamos de casa! Y contento por haber sido útil á sus bienhechores, cerró los ojos y se adormeció con ronquidos de satisfacción.

ELVIRA V. LOPEZ.

HORAS MONÓTONAS

La vida del campo se despliega tranquila, sin inquietudes, sin afanes, sin emociones fuertes, sin alegrías y casi sin dolores; la monotonía es su carácter principal; las gentes cenar tarde, se acuestan temprano y se levantan á la madrugada, para volver, después de haber trabajado arduosamente, á almorzar, para empezar de nuevo, ó si es verano, para acostarse á dormir la siesta.

Esas horas de la siesta son, en el campo, de una soledad abrumadora: el calor que sofoca, el cansancio natural que producen las duras faenas campestres, la fatiga de la digestión y aún el ser de día, todo contribuye á que el sueño sea más confiado y por consiguiente más pesado.

Los perros mismos se creen eximidos de cuidar la casa; y los otros animales, respirando pausadamente, agobiados por la sed y lo ardiente del día; se quedan echados ó buscan algún pequeño reparo donde, si no duermen,

por lo menos pasan las horas de mayor calor sin moverse. Si hay quinta, los muchachos vecinos suelen aprovecharse de ella para robar frutas, ó hacer portillos que les permitan fácil entrada, pero excepto estos pequeños cacos, todo el resto del mundo animal vertebrado, duerme y hasta las plantas parecen con frecuencia asociarse á ellos permaneciendo mohinas é inmóviles, como si tuvieran sueño.

El que sale al campo y no tiene costumbre de dormir de día, debe preocuparse seriamente de cómo vencer la pereza que se le contagia de los demás, y cómo pasar entretenido esas horas de soledad.

Seguramente se encontraría el medio, pero, no todos suelen descubrir el bien que tienen al alcance de la mano y se dejan pasar muchas ocasiones favorables para instruirse, para sacar útiles consecuencias, por no mirar en derredor de sí.

Pero esas horas tienen sus encantos para otros que no son muchachos ladrones de fruta: estos son los entomólogos ó los simples coleccionistas, que deben aprovechar las horas de mayor calor para obtener un gran número de es-

pecies, pues mientras los vertebrados se entregan al *dolce far niente*, muchos articulados, poseídos de una especie de furor, se lanzan á la caza y á la carnicería, vuelan, corren, zumban, y si se coloca uno en un claro del bosque y se queda inmóvil observando, pronto vé volar versátiles mariposas, abejas con el abdómen amarillo y pantaloncitos formados de polen sujeto entre el vello que las adorna; por el suelo y sin objeto aparente, corren las mutilas que se parecen á las hormigas en su forma; más allá un estafilino con sus élitros cortos y abdómen levantado, inspira miedo por su aspecto nervioso y excitado, yendo en busca de su presa. Hay pues, á nuestros pies todo un mundo en movimiento; un mundo que trabaja, que ama y odia y tal vez que piensa.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

LAS DOS GRANDEZAS

I.

LA RÁBIDA

A la puerta de un convento
golpea un pobre mendigo;
el sol, el hambre y el viento
lo baten, y pide abrigo

Lleva un hijo pequeñuelo,
pálido y triste el semblante;
por él pide suplicante
pan á los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
y un monje con voz serena:
—Aquí hay abrigo y hay cena,
les dice: os ireis mañana.

—Cena busco y busco abrigo,
contesta meditabundo:
¡llevo en mi cabeza un mundo
y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzá la oración,
alzad al cielo los ojos!,
clamó el monje; y vió de hinojos
ante la cruz á Colón.

II.

SAN YUSTE

Sutiles neblinas las sierras envuelven,
el viento silvando sacude los pinos,
de nieve cubiertos están los caminos
y el lobo á lo lejos se siente aullar
Cruzaba un viajero con paso seguro
la senda sinuosa que lleva al convento,
y llega, y exclama: — ¡Por Dios, que un asiento
más alto que el mío, yo vengo á buscar!
Abrieron los frailes. — ¿Quién sois le preguntan?
— Un hombre que busca corona de espinas,
corona de gloria con flores divinas,
en vez de la suya que mucho pesó.
— ¿Tuviste los dones que el mundo apetece?
— Riquezas y gloria mi reino tenía.....
El sol en mis tierras jamás se ponía.....
¡Yo soy Carlos Quinto; mi imperio pasó!

III

Así, con dolor profundo,
la misma puerta tocaba
él que iba en busca de un mundo,
y él que un mundo abandonaba

Y en el sagrado recinto,
libre de humana ambición,
hubo pan para Colón
y paz para Carlos Quinto.

EDUARDO DE LA BARRA

La Corrección

La hormiga Corrección, de Misiones, es el cuerpo de inspectores de higiene y salubridad, encargado por la Naturaleza para auventar y destruir sabandijas.

Con mucha frecuencia penetra en las casas un ejército compacto, una masa densa, oscura compuesta de millares de millares de horniguitas que se distribuyen por todas partes en las habitaciones, penetran en los armarios; trepan los muebles, suben al techo en busca de provisiones.

No hay animal que se salve: ratones, grillos, arañas, huyen despavoridos; chillan los

primeros heridos por centenares de mandíbulas que les atraviesan como puntas de acero, y la familia cuya casa invaden, les abandona el puesto durante una ó dos horas, y es tal el terror que inspiran, que si es muy tarde de la noche y están entregados al reposo se alejan á medio vestir, pues de otro modo, las personas no se salvarían de los feroces animalitos, que parecen atacados de un furor ciego de morder y de registrarlo todo, hasta que concluída la tarea y no encontrando ya, ratones ni otras alimañas, ni provisiones, abandonan la plaza con el mismo orden con que la atacaron.

El señor Carlos Rodriguez Lubary trae los siguientes datos en carta á una persona de su familia:

«Imagínate una columna casi cerrada, de «grande extensión; que avanza en línea recta «suprimiendo á fuerza de diente los obstáculos que pueden vencerse así y respetando solamente las piedras. Cuando una de estas columnas penetra en la tienda, es mejor rendirse y disparar. Si uno está dormido cuando llega, no tarda en despertar, porque por todas partes se meten, y la picazón que cau-

«sa su presencia en el cuerpo, y las morde-
«duras que hacen, no deja mucha gana de que-
«dar en cama, ni resistencia para seguir dur-
«miendo. Lo más curioso es como avanzan.
«Fijándose bien, puede observarse que la masa
«del ejército tiene divisiones como batallones
«ó compañías, separadas las unas de las otras.
«Entre éstas, andan algunas sueltas que hacen
«la impresión de ser los jefes, pero es seguro
«que tienen como capitanes flanqueadores que
«no cesan un instante. Estos últimos son los
«que merecen más atención.»

«Parecen un poco más fuertes, y seguramente
«son los más activos. Colocados en los flan-
«cos de las divisiones, adelantan, retroceden,
«vuelven á avanzar, examinan el orden de mar-
«cha, y es evidente que si algo anda mal entre
«las hormigas de la compañía, bien pronto un
«flanqueador lo pone en regla.

«Recuerdan los perros de los pastores, tal es
«su actividad y el orden que imponen. Cuando
«se apoderan de las provisiones que uno tiene,
«sólo dejan las cajas ó los tarros. Son devas-
«tadoras, y tanto más molestas cuanto que
«viajan principalmente de noche».

E. G. A. DE CORREA MORALES.

SAMBAQUIS

Hoy nos causa bastante temor cuando sentimos trepidar el suelo bajo nuestros pies, pero hace millares de siglos, los temblores, los hundimientos, las grietaduras de la tierra, la aparición de una cadena de montañas aquí, la inmersión de un continente más allá, eran el estado normal de la superficie de nuestro planeta; la corteza al enfriarse se arrugaba produciendo los fenómenos consiguientes.

El suelo de la República Argentina estuvo cubierto por las olas amargas hasta el pie de los Andes, y se sabe con seguridad, gracias á los prolijos estudios de nuestro compatriota el Señor Florentino Ameghino, que el suelo de nuestro país, efectuó, en el transcurso de los tiempos movimientos de báscula que lo hacían alternativamente emerger ó sumerjirse, arrastrando en este caso toda la creación animada al fondo del océano.

El lecho de los ríos Uruguay y Paraná, son fallas enormes que cruzaron el suelo Americano durante la época denominada terciaria.

Las montañas del Brasil, eran en esas lejanas edades colosos mayores que los Andes. Los animales que poblaban la tierra eran gigantes, «un ratoncito media la talla de un caballo», (Ameghino) el gliptodón era un peludo que presentaba una caparazón de más de dos metros de longitud por uno y medio de ancho.

Entonces los fenómenos geológicos, los animales, las plantas, todo afectaba dimensiones enormes.

En aquellas épocas vivía el hombre en América?

Las investigaciones de renombrados naturalistas nos dicen que sí ¿de dónde vino? ¡Misterio!

Pero la huella de su paso por la tierra ha quedado estampada al lado de la de los animales característicos de la época terciaria.

Cerca de la coraza de un gliptodón que indudablemente fue utilizada como casa, ha encontrado el sabio que antes mencioné, huesos tallados y á madio quemar, restos de fuego, pedernales, carbón, y en otras partes huesos humanos en revuelto desorden con los de los animales terciarios.

Otros restos antiquísimos de los primitivos americanos son los Sambaquis.

Consisten éstos, en montones de conchas marítimas que los aborígenes arrojaban después de haber consumido el molusco, y fueron en tan gran número que llegaron á formar verdaderas colinas, como algunas que existen en el Brasil, que miden 60 metros de elevación por 900 de diámetro.

Es muy difícil la exploración de los Sambaquis, que se hallan en América, sobre todo los del Brasil, á causa de estar cubiertos de lujuriosa vegetación; pero por otra parte son muy interesantes los resultados que se obtienen y los naturalistas son gente tenaz cuando se proponen llevar á cabo una investigación.

Han llegado á descubrir que las valvas amontonadas sirvieron de necrópolis, y como los salvajes entierran á sus muertos con alimentos, vestidos, armas y otros objetos que usaron en vida, vienen así á ser aquellas colinas ó Sambaquis verdaderas minas arqueológicas, donde se encuentran esqueletos humanos, restos de animales, hachas de piedra, anillos, cuñas, pun-

tas de lanza, flechas de pedernal, bolos, bastones fabricados de piedra basáltica, de serpentina, cuarzo, hierro meteórico, y también canastas, usutas y vasijas labradas, todo lo cual nos hace conocer el grado de adelanto de aquellas gentes, que han pasado incógnitas sobre la superficie de la tierra; razas misteriosas que se adormecieron arrulladas por el rumor eterno de las olas y se perdieron en la vorágine devastadora de los tiempos.

E. G. A. DE CORREA MORALES.

EL NIÑO

- El niño, ese ser en miniatura, futuro hombre, futuro ciudadano y futuro héroe tal vez, es, á pesar de su vida de pajarillo inquieto, travieso, juguetón, el sér más digno de amor, de continuos cuidados, de vigilancia continua. Esa maquinaria, aunque pequeña, es en extremo complicada, tan complicada que la vida entera del hombre de estudio no basta para

analizarla, para descubrir sus infinitos componentes y mostrar de una manera cierta y segura, los resortes que en ella hay que mover; es necesaria la solicitud, la abnegación, la adivinación, mejor dicho, de una madre, para realizar el milagro y para convertir ese sér endeble cuando la naturaleza se ha manifestado avara, en hombre robusto, fuerte, inteligente ¿inteligente he dicho?

Sí, inteligente, porque bién sabido es cuán indiscutible, cuán íntima es la relación del alma con el cuerpo, imposible que uno obre independiente de la otra, puesto que su influencia es recíproca, constante, infalible. Un cuerpo sano, unas mejillas sonrosadas, unas piernitas saltonas, demostrarán de seguro una pequeña mente que piensa, un corazoncito inclinado al bién y esos ojitos chispeantes traslucirán vivacidad, inteligencia; lo contrario pasará con un temperamento enfermizo, un niño abatido ó afiebrado nos responderá con manifestaciones hostiles y buscará su bién en la soledad y descanso.

¡Qué padre, qué madre, no se siente henchido de placer y de legítimo orgullo, al mirar

un hijo que derrame su salud por donde pasa! qué satisfacción más grande debe ser para ellos constatar en ese desbordamiento de vida, en esa axuberancia de afectos, el fruto de sus esmerados y cariñosos cuidados, ¿no estará bién recompensado, ó lamentará acaso el afán de cada hora, de cada minuto con que ha vigilado el alimento, el vestido, la higiene, el reposo, etc. de ese hijo querido hasta exagearción? Seguramente no, su satisfacción equivaldrá á su trabajo y hé ahí un hogar tranquilo, sonriente, feliz.

El Dr. M. Fleury, guiado por su amor á la humanidad, ha hecho un estudio minucioso del alma y del cuerpo del niño, favoreciéndonos con una serie de consejos, que á mi juicio nadie debería desconocer, pero con especialidad las madres y los encargados de la infancia, por lo cual los reproduciré á continuación.

I. THALASSO.

Los alimentos

En muchas partes es creencia general, que para crecer y ser fuertes hay que comer pan y sopa; mucho pan y mucha sopa, lo cual es el error más craso y más difundido que pueda existir; el uso excesivo de las sopas, del pan, de las salsas hace engordar, pero no fortifica los músculos.

El caldo es un alimento, exquisito pero del cual no debe abusarse porque no es absolutamente nutritivo, sino que por el contrario hincha el estómago, ocupa el sitio que debiera dejarse para mejores alimentos, así que sólo habría que tomarlo en pequeña cantidad, como aperitivo, como estimulante, pero los organismos cansados y enfermos deben suprimirlo para evitar fermentaciones anormales.

En cuanto á las sopas, no se deben dar á los niños sino cuando sean muy espesas que más parezcan puré que sopa. Deben suprimirse aquellos líquidos en que nadan unas cuantas migas de pan, ese es el tipo del alimento que

ocupa sitio inútilmente. Es necesario darles el pan con mucha moderación, porque sólo sirve para suplir, y suplir mal, otros alimentos como la carne, además debe tenerse mucho cuidado con la calidad, el pan negro es indigesto, el blanco poco nutritivo, la miga fresca produce el efecto de una esponja sofocante, de manera que lo mejor es el pan tostado ó pan del día anterior con poca miga.

A un niño demasiado delgado, será bueno darle pan como acabo de indicar, untado de manteca de buena calidad y en la cual se haya salpicado sal en polvo. Como bebida debe dársele leche, ya sea cruda ó hervida, según más le agrade, siempre que se tenga la seguridad de que la vaca es sana, y como postres: cremas cocidas, huevos en leche y cremas volteadas, pero sin licor, algunas masas secas, compotas, etc.

Los dulces echan á perder los dientes; cansan el estómago y contribuyen á la formación de una grasa inútil.

En la estación de las frutas se les puede dar con cierta abundancia cerezas, uvas ó manzanas bien maduras, pero pocas fresas, frambue-

sas, ciruelas y peras, porque son muy indigestas.

En pocas palabras, los alimentos más nocivos son:

Miga de pan, conservas, carnes negras, platos condimentados, aves pasadas, pescados pasados, langostinos, ostras, camarones, verduras crudas como rábanos, ensaladas; alimentos ácidos, frituras, coles, quesos, dulces con mucho azúcar.

En cuanto á bebidas añadiré que la mejor y más conveniente es el agua pura y cristalina, toda clase del alcohol debe ser desterrado de la mesa del niño. El té, el café y sobre todo el mate son recomendables con especialidad en invierno.

Comer sin beber es malo, pero beber demasiado, es aún más nocivo, porque ese abuso durante la comida ó en el curso de la digestión estomacal, diluye el jugo gástrico y provoca digestiones lentas.

Una advertencia última é importante: el niño debe de acostumbrarse desde que aprende á comer, á masticar despacio para facilitar el trabajo del estómago, entregándole los alimentos bien triturados.

El Vestido

Otra de las cosas que requiere un cuidado especial en el niño es el vestido.

Hay quién cree muy conveniente, en lo más crudo del invierno como en los días más calurosos del verano, hacerles salir con el cuello descubierta y las piernas desnudas, sin tener para nada en cuenta el temperamento del niño, ni el clima del país donde se hallan.

En todos los casos lo más prudente es mantenerse en un justo medio, mejor dicho, hay que proceder racionalmente en cada caso, así por ejemplo: para el niño que nace débil, que sufre cualquier afección crónica, el frío puede ser funesto; en cambio ¿por qué privar de ese tónico excelente para el sistema nervioso, á los que poseen una constitución robusta?

Resumamos, pues, lo que conviene extraer de las opiniones más autorizadas y de la experiencia médica

En cuanto al cuello, lo mejor es no ponerle pañuelo ni bufanda, acostumbrándosele á te-

ner descubierta esa parte del cuerpo, se le preservará de esas enfermedades de la garganta, que con tanta facilidad adquieren los niños, apenas se encuentran en la menor corriente de aire.

Es una imprudencia hacer que los niños tengan las piernas desnudas en invierno, los calcetines de hilo y cortos, deben guardarse para el verano. Es conveniente que durante el invierno conserven bien cubierto el pecho y las espaldas, pues de lo contrario estarían sujetos á resfríos, que á menudo suelen degenerar en pulmonías y fuertes catarros.

Hay unos tejidos de punto, mitad lana y mitad de algodón, que se adaptan bien á la forma, del cuerpo, no estorban la amplitud de los movimientos y llenan suficientemente todas las condiciones deseables. De esa misma tela se harán los vestidos de dormir, en la forma, *combinación*, es decir, la camiseta y el calzón unidos.

En invierno, deben usar los niños en contacto directo con la piel, ropas de hilo, pero no de batista fina, siendo de una tela algo basta, cuya dureza será un perpetuo y saludable es-

timulante para los nervios, para la piel y para la circulación periférica.

Es conveniente en los varones el uso de los tirantes, para que la cintura del pantalón quede bien floja y no les oprima el estómago. Nada de ligas; en su lugar, suspensores para las medias y evítese que el elástico que cierra generalmente los calzones cortos, comprima la pierna y dificulte la circulación de la sangre en las venas; de ahí nacen con frecuencia las varices.

Finalmente, el vestido más racional es el de marinero, el jersey flexible, los pantalones anchos, la blusa holgada y el cuello libre, constituyen un vestido elegante, cómodo y perfectamente higiénico.

En cuanto á las niñas, presérveseles del frío, y suprimase en ellas el corsé, ese instrumento de tortura que comprime el estómago, empuja hácia abajo el hígado, los riñones, los intestinos y el bazo; á ese corsé se deben muchos males.

Haz bien sin mirar á quién.

Juana María Valladolid, la Collota, apodo que le vino porque le faltaban dedos en la mano, madre del infortunado Andrés Moreno, hallábase en la puerta de su humilde choza cuando un hombre jadeante y casi exánime se detuvo delante de ella y le dijo: «¡Por Dios! Escóndame...»

Acabo de hacer una muerte y me persiguen...»

«Entre Vd » le contestó sin vacilar la pobre mujer.

Transcurrido poquísimo tiempo, llegaron vecinos y gentes de justicia que informaron á la triste madre de su desdicha.

Horrible lucha se entabló en el alma de aquella mujer.

Había dado asilo al asesino de su hijo... y sin embargo no debía entregarlo. En esta lucha sin nombre, el sentimiento de caridad cristiana venció al de la venganza.

Cuando se retiraron los vecinos dejando á la madre entregada á su dolor, cerró esta la puerta de la choza y acercándose á la cama debajo de

la cual estaba escondido el asesino, le dijo. «Tu muerte no me habría devuelto á mi hijo, que era mi único apoyo sobre la tierra. Entregándote á la justicia lo habría vengado, pero Dios condena la venganza, yo te perdono para que el Padre de la misericordia me perdone.

Perico, admirando tan sublime abnegación le dijo:

— «Señora, déjeme Vd. salir.

— ¿Dónde irás desgraciado? Yo te protejo, porque la religión me ordena amparar al desamparado.

Y Juana María hizo acostar á Perico en la misma cama en que la vispera había dormido su hijo.

Aquella horrible noche transcurrió lenta como una eternidad para los habitantes de la choza.

La madre sofocaba su llanto para no interrumpir el sueño del asesino. Este también velaba, devorando en su alma todas las torturas del infierno.

Cuando rayó la aurora, la infeliz mujer se levantó debilitada por el insomnio y el dolor, y pronunció las palabras de la salutación angélica:

— ¡Ave María purísima!

— ¡Sin pecado concebida! — le contestó su huésped.

— No te alarmes — continuó ella: voy á salir para traer el almuerzo.

A las nueve de la noche, y cuando el silencio reinaba en Quequeña, Maria Juana sacó de debajo de su lecho una alcancía de barro, la rompió, y en pesetas y reales contó hasta 56 pesos.

— Toma este dinero dijo — que representa todas las economías de mi vida. Quedo sin hijo que me dé pan y sin recurso alguno, pero la Providencia no me abandonará. Con ese dinero podrás, si Diós te ampara, llegar á Chuquisaca. La hora es favorable para que te pongas en camino; el caballo en que montaba mi pobre hijo es fuerte y te servirá para la marcha. En esta alforjita tienes provisiones para el viaje ve con Diós.

Pedro Moreira no tuvo fuerzas para decir una sola palabra: dos lágrimas se desprendieron de su ojos y cayó de rodillas besando la mano de su santa salvadora.

RICARDO PALMA

TUMBAS HÚMEDAS

Al ocultarse el sol tras la montaña,
me dirijí ayer tarde
al triste sitio donde al fin concluyen
las locas vanidades.
Mirando los altísimos cipreses
y los llorosos sauces,
y la fosa común y el mausoleo
de cincelado jaspe,
sentí en lo más profundo de mi alma
dolor inexplicable,
al ver que hasta en la casa de los muertos
existen los contrastes.
Otra cosa observaba al poco rato
con extrañeza grande:
muy húmedas estaban unas tumbas,
otras secas hallábanse.
«Decidme pregunté al sepulturero,
¿cómo puede explicarse
que, mientras unas tumbas están secas,
otras húmedas se hallen?»

Y el viejo guardador de los difuntos
repuso con voz grave:
«Los que reposan en las tumbas secas,
señor, no tienen madre.»

JULIO A. CALCAÑO.

La Madre del Mártir

Trémulo el labio, pálida la frente,
revelando en sus ojos la agonía,
vá de los cerros por la estrecha vía
la madre de un soldado independiente;
y piensa, caminando.—Noblemente
el hijo de mi amor se batiría,
que el honor de la patria fué su guía,
y si vive, no huyó, porque es valiente
Le va buscando con andar incierto
junto al signo de Iguala que flamea,
y entre los surcos que el cañón ha abierto,
y en el lago de sangre que serpea;
y anda, y busca, y al fin le encuentra muerto,
y exclama sin llorar:—¡Bendito sea!

PANTALEON TOVAR (Mejicano).

PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
dormido en tu regazo, madre mía,
sobre mi frente pálida sentía
el beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento,
como un eco del cielo desprendido,
anidaba su música en mi oído
para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
mis ojos ¡ay! acariciando abría,
y al levantar los párpados, veía
el rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
rozó por mí tu venerable frente,
como clara y purísima corriente
besada por el soplo de la brisa.

Soñé!... mas ay! que al despertar del sueño
me hallé muy lejos del hogar amado,
y tan sólo en mi espíritu grabado
tu semblante purísimo y risueño!

Ah! yo soñaba despertar contigo,
madre de mis hermanos, madre mía
y me hallé que en un páramo dormía
bajo el cañón del bárbaro enemigo.
Alzando entonces la mirada al cielo,
y besando tus flores perfumadas,
acaso con tu lágrimas regadas,
levanté mi plegaria de consuelo.
Feliz de aquel que al despertar del día,
aunque proscripto del hogar paterno,
encuentra el corazón profundo y tierno
que responde al llamarle: madre mía!

RICARDO GUTIERREZ.

LA BOLA DE NIEVE

¿Quién no conoce la bola de nieve, ese grupo encantador, compuesto de un sin número de florecillas blancas, que levantan sus corolas ufanas cuando aún la Naturaleza dormita bajo la mano pesada del invierno? ¿Quién no ha sen-

tido acrecentarse su esperanza al nacer la primavera

¿Queréis saber porqué, la bola de nieve es la preferida de las niñas y la querida de los ángeles?

Escuchad y lo sabreis.

En las cercanías de Altorf,¹ en un valle llamado de Engelberg, existía una humilde cabaña, donde habitaba la rubia Gretchen, en compañía de su anciana abuela; esta cabaña estaba construída á la sombra del bosque, sobre una alfombra de musgo y á pocos pasos de la rocas.

La selva que la circunda es vasta y misteriosa y entre las rocas se esconde un precipicio y se oye bramar un torrente acusador.

Gretchen, la rubia del valle, quedó huérfana á los 14 años y murió á los 15; había sido siempre buena, humilde, modesta; más ¿quién debía recordar sus virtudes? La abuela único afecto viviente, no recordaba ya nada; ¡era tan anciana! parecía un fantasma combatiendo con la vida.

Por eso nadie llora á la rubia Gretchen.

(1.) Altorf y Engelberg en Suiza. —

Pero conforme murió la niña, un angel se presentó ante ella: era blanco como la nieve de las montañas, su alas eran de vapor del cielo y le circundaba un nimbo de luz.

Despertó á la jóven que, lanzando un profundo suspiro, abrió los ojos y sonrió.

El ángel le dijo:—«Algo de ti debe vivir; la más pura porción de tu cuerpo va á transformarse en flor, y, en premio de tus virtudes, Dios te concede la elección. ¿Cuál es la flor que prefieres? ¿cuál es la que juzgas ser la fiel imagen de tu ser?

La rubia Gretchen guardó silencio.—¿Quieres, añadió el ángel, que tu cuerpo se convierta en soberbio tulipán?

—Nó, respondió la joven;—el tulipán no tiene perfume; es bello más no es útil.

—¿Un lirio?

—Se eleva demasiado sobre las otras flores, es bello; no es modesto.

—¿Una rosa?

—Tiene espinas; hiere la mano que la coje, es bella; no es buena.

—Conviértete pues añadió el ángel con dulzura, en violeta; esta bella flor posee suave per-

fume, no se eleva muy alto, no hiere, es útil, modesta, buena.

—Ángel bienhechor, exclamó Gretchen no me has permitido elejir?

—Sin duda.

—Bueno pués; quisiera que la parte mortal de mí misma se convierta en una bola de nieve.

—¡Una vola de nieve repitió el ángel asombrado. — ¿Quieres vivir cuando todo fenece? ¿quie es florecer cuando la Naturaleza duerme?

—Anunciaré la primavera. Al que pose en mí su mirada sonreiré con dulce esperanza.

El ángel no encontró objeción que hacer y satisfizo el deseo de Gretchen. Luego emprendió el vuelo, lleno de admiración, ante tanta dulzura, tanta modestia, tanta bondad.

Casi enseguida, sobre la tumba virginal brotó la flor, obgeto de tan sabia preferencia, y los ángeles, reuniéndose en coro, resolvieron adornar en adelante, con ella sus coronas.

I. THALASSO.

LA GOTA DE ROCÍO

«No hay brillo como el mío»
(dijo ufana la gota de rocío,
al verse aclamar bella
en medio al campo en que el ornato es ella),
«ni quién cual yo, galana,
sea orgullo y primor de la mañana.
El globo pequeñuelo,
sobre hoja que ya dora
la prima luz de la rosada aurora,
soy breve suma de fulgor del cielo
que, en vastos horizontes,
se vé en valles lucir, y se vé en montes.
Yo soy también para mayor decoro
de mi alma origen y mi cuna de oro,
delicado vapor que en ondas sube,
llega tal vez á la flotante nube,
tal vez inestable de la altura baja
y en el aire suspenso en perla cuaja.
Bordo á veces las flores
para de ellas beberme los colores,
y en formas mil, distintas,

cada cual de por sí fijable apenas,
en el mudar de la movable escena,
del iris tomo las variadas tintas
El aura me regala
con los aromas que el verjel exhala,
y, por verme temblar, con ala leve
jugando me conmueve.
Yo nazco con el día,
tengo palacio en la arboleda umbría
y en aguas bellas de matiz cambiante
ya semejo al cristal, y ya al diamante.
Así la gota en su discurso ciego,
á tiempo que de ráfaga impelida,
de la hoja desprendida,
llegó á caer y disiparse luego,
tal ví una vez en mi jardín acaso;
y prueba así este caso,
que el mundano esplendor es de un momento,
la vida nada y orgullo viento.

CECILIO ACOSTA (Venezolano).

ÍNDICE.

	PÁGINAS
Isondú.....	3
Huayra-Puca.....	4
Lluvia en la Pampa (R. Payró) argentino.....	9
El Ruiseñor	14
El Yassi-Yateré	18
Una Planta funesta.....	22
Una Aventura en el Jardín Zoológico (X)......	26
Un Pueblo mal conocido.....	30
Tucumán	35
Los Indiecitos	39
El Niño y la Serpiente (Lessing)	42
Rumbo al Sur.....	44
La Molécula del Aire.....	48
¡ Salve! M. Acuña.....	52
Los Yaganes.....	54
El Manzano Silvestre (Lessing).....	56
El Gnú.....	57
Las cataratas del Y-guazú (E. L. Holmberg) argentino.....	57
El territorio de los Andes (E. A. Holmberg) argentino.....	60
El Sapo y el Avestruz	64
Monte Hermoso (F. Ameghino) argentino.....	69

La Isla del Diablo.....	70
El Alma Errante (R. Gutierrez) argentino.....	75
El Ensueño (Ernestina A. Lopez) argentina.....	77
Canales del Mar.....	79
El Dolor (V. Manrique) colombiano.....	83
El Cóndor (V. Coronado) venezolano.....	85
Teyú-Cuaré.....	87
Las Golondrinas (Lessing).....	92
Plantas luminosas.....	93
La despedida á la Patria (J. E. Caro).....	95
La lechuza.....	98
La Quemazón (M. Leguizamón) argentino.....	100
El Astrónomo.....	106
La Araña y el Avispón.....	110
El-Lal.....	114
La Brisa (M. Acuña).....	122
Un Cuento de abuelita.....	124
El Milagro.....	129
Las Ideas (O. V. Andrade) argentino.....	133
¡ Al Rincón ! ¡ Quita Calzón ! (R. Palma) peruano	136
Los Dos Tordos (Iriarte) español.....	140
El Espíritu de Salomón (Lessing).....	142
La Piedra de Itá-guaimí (J. Ambrosetti) argentino	143
El Galito Lobú (Elvira Lopez) argentina.....	146
Horas monótonas.....	155
Las Dos Grandezas (E. de la Barra) chileno....	158
La Corrección.....	160
Sambaquis.....	163
El Niño.....	166
Los Alimentos.....	169
El Vestido.....	172

Haz bien sin mirar á quién (R. Palma).....	175
Tumbas húmedas (J. A. Calcaño) venezolano...	178
La Madre del Mártir (G. Tovar) mejicano.....	179
Plegaria del Alba (R. Gutierrez).....	180
La Bola de Nieve.....	181
La Gota de Rocío (C. Acosta) venezolano.....	185

